



y despues de colocar á Aissa sobre otra bastante vigorosa, la escolta salió á galope

EL BASTARDO

DE

NAULEON.

NOVELA

escrita en frances

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

POR D. S. G.

TOMO VI.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

N.º 10 y 12.

**Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.**

EL BASTARDO

de Maulcon.

CAPITULO I.

Tratado de alianza.

Al mismo tiempo que la victoria se decidia en favor de don Pedro, que Duguesclin caia en poder del enemigo, y que Agenor, á invitacion del condestable, abandonaba el campo de batalla á donde debia volver con el casco y el manto don Enrique, dejaba el mismo campo de batalla un mensagero en direccion al lugar de Cuello.

Dos mugeres distantes entre sí como unos cien pasos, la una en su litera con una escolta de árabes; la otra montada en una jaca andaluza, y acompañada de caballeros castellanos aguardaban con todas las angustias del temor y de la esperanza.

Recelaba doña Maria que la pérdida de la batalla descompusiese los negocios del Rey D. Pedro, quitándole tal vez la libertad,

Aïssa deseaba que un suceso cualquiera, le devolviese su querido amante. Poco le importaba la caída de D. Pedro, ni la elevación de D. Enrique, con tal que detrás del féretro del uno, ó del carro triunfal de otro, viese aparecer á Agenor.

Las dos mugeres se encontraron una tarde, entregada cada cual á sus tristes pensamientos. Maria tenia algo mas que inquietud, estaba celosa. Sabia que una vez triunfante Mothril no tendria mas que pensar que en los placeres del Rey. Habia

adivinado toda su política; y Aïssa con su estremada sencillez le habia confirmado sus instintivas sospechas.

Así es que Maria jamas la perdía de vista, ya estuviese custodiada por veinte esclavos, confidentes de Mothríl ó bien que el moro la encerrase en su litera, segun tenia de costumbre.

No queriendo el moro esponer tan precioso tesoro á las contingencias del combate y á la brutalidad de los auxiliares ingleses, habia dejado la litera en el lugar de Cuello, pueblecillo de unas veinte casas, y distante como cosa de dos leguas del campo de batalla de Navarrete.

Habia dado á sus esclavos órdenes terminantes.

Habíales mandado en primer lugar aguardarle, y no abrir á nadie mas que á él la litera cuidadosamente cerrada.

Para el caso en que no volviese por haber perecido en el combate

habia dado tambien sus instrucciones como veremos despues. Aïssa, aguardaba , pues , el resultado de la contienda en el lugar de Cuello.

Respecto á María, don Pedro, la habia dejado en Burgos muy bien guardada. Alli debia esperar sus noticias; tenia grandes sumas de dinero, y muchas joyas , y don Pedro confiaba bastante en un amor tan desinteresado para conocer que en caso de una derrota, María le seria mas fiel que durante la próspera fortuna.

Pero María no queria sufrir el tormento de las mugeres comunes, los celos! Profesaba la máxima de que vale mas experimentar una desgracia que ignorar una traicion. Desconfiaba de Abd-el-Mothrí, temía las debilidades de don Pedro, y sabia que Cuello estaba á muy corta distancia de Navarrete.

Asi , llevando consigo seis escuderos y veinte hombres de armas, mas bien amigos que servidores,

montó en una preciosa mula de Aragón, y sin que nadie lo sospechase, vino á acamparse al pie de una colina, detras de la cual se elevaban las casas del lugar de Cuello.

Subida á la colina, vió avanzar los batallones de ambos ejércitos, y hubiera podido preseuciar el combate; pero le faltó el valor, pues eran harto graves aquellos acontecimientos. Allí era donde habia encontrado á Aïssa.

Envió al momento al campo de batalla un discreto mensagero, y salió á esperarle á muy corta distancia de Aïssa, cuya litera custodiaban los esclavos, tendidos sobre la fresca yerba.

Llegó este mensagero anunciando el triunfo de la batalla. Como hombre de armas y como uno de los caballerizos del palacio de don Pedro, conocia á los principales adalides del ejército contrario. Habia

visto á Mauleon, cuando fue recibido en Soria en audiencia solemne. Además se lo habia designado Maria muy particularmente, y era muy fácil de reconocer por la barra que dividia los cuarteles de su escudo.

Vino, pues, á anunciarla que Enrique de Trastamara quedaba vencido, Mauleon fugado, y Duguesclin prisionero.

Esta noticia, que ponía el colmo á todos los deseos de ambicion y de orgullo que alimentaba Maria, despertó en su ánimo todos los temores de los celos.

Con efecto, don Pedro vencedor restablecido sobre el trono era el sueño de su amor y de su orgullo; mas don Pedro feliz, envidiado, espuesto á las tentaciones de Mothril era el fantasma de ese mismo amor tan inquieto, tan desinteresado.

Maria tomó su partido con esa audacia que la caracterizaba.

Mandó á los hombres de armas que la siguiesen, y bajó la montaña conversando con su mensajero.

¿Decís que ha huido el Bastardo de Mauleon? preguntó.

—Sí señora, como huye el león en medio de una nube de flechas.

El mensajero hablaba de la primera huida de Mauleon, porque ya habia partido cuando volvió el Bastardo revestido con las armas de don Enrique.

—A dónde suponen que haya ido?

—A Francia, como el pájaro que escapa y vuelve á su nido.

—En efecto, pensó. ¿Cuántas jornadas se cuentan de aquí á Francia?

—Doce, señora, para una dama como vos.

—Pero para no ser alcanzado cuando uno huye... como el Bastardo de Mauleon por ejemplo?...

—; Oh! señora, en tres dias se puede desafiar al enemigo mas en-

carnizado. Por otra parte, no han perseguido á ese jóven, porque dependia del Condestable.

—Pero qué ha sido de Mothril?

—Ha recibido órden de recorrer la llanura para impedir la evasion de los fugitivos, y sobre todo la de Enrique de Trastamara, si es que vive todavia.

—Por consiguiente ya no se ocupará de Mauleon, pensó Maria. Seguidme, caballero.

Y se acercó á la litera de Zoraida; mas al acercarse tambien su comitiva, los guardias woros se levantaron del mullido lecho de yerba donde dormian con el mayor descuido.

—Hola! dijo aquella ¿quién manda aquí?

—Yo, señora, contestó el gese, á quien no era difícil conocer por la púrpura de su turbante y de su cinturon.

—Quiero hablar con la jóven que

está encerrada en esa litera.

—Es imposible, señora, dijo la-
cónicamente el gefe.

—Tal vez no me conoceis?

—Oh, sí, y mucho, dijo el mo-
ro senriéndose, sois doña Maria de
Padilla.

—En ese caso debeis saber que lo
puedo todo, por favor del Rey don
Pedro.

—Sobre las gentes del Rey don
Pedro, dijo el moro gravemente,
pero no sobre las del Sarraceno
Mothril.

Doña Maria vió con la mayor
inquietud este principio de resisten-
cia.

—Teneis por ventura órdenes con-
trarias? preguntó con voz suave.

—Las tengo, señora.

—Sepamos á lo menos, cuáles
son.

—A cualquiera otro, señora, me
negaria á comunicárselas; pero á
vos, que sois tan poderosa, os la

diré desde luego. Si se pierde la batalla, y tarda en volver el señor Mothril, yo no debo entregar Aïssa, á nadie mas que á él; por consiguiente, tengo que retirarme con mis tropas.

—La batalla se ha ganado dijo doña Maria.

—Entonces Mothril no tardará en venir.

—Y si hubiese muerto?

—Mi deber es conducir á Zoraida cerca del Rey don Pedro, continuó imperturbable el moro; pues es muy probable que el Rey don Pedro se haga tutor de la hija del hombre que haya muerto en su defensa.

Maria se estremeció.

—Pero si vive, vendrá pronto, y entretanto puedo decir dos palabras á Aïssa. ¿Entendeis, señor, lo que digo? añadió Maria.

—Señora, repuso vivamente el capitan acercándose á la litera, no

obligueis á hablar á la señora , pues para semejante caso tengo una orden mucho mas terrible.

—¿ Y cual?

—Estoy autorizado para matarla con mis propias manos , si la menor comunicacion entre ella y una persona estraña mancillase el honor de mi amo, y contrariase su voluntad.

Doña Maria retrocedió asombrada. Conocia las costumbres de aquel pueblo y de aquel pais , costumbres feroces , intratables , ciegas ejecutoras de toda voluntad superior , á cuyo servicio se entregan con el entusiasmo de la sangre y la brutalidad del clima.

En seguida dirigiéndose al caballero que con sus gentes de armas esperaba , inmóvil como una estatua de hierro la resolucíon:

—Necesito apoderarme de esa litera , le dijo ; pero está bien defendida , y el gefe de los moros ame-

naza dar muerte á la jóven que ocultan esas cortinas, si hacemos el menor movimiento para acercarnos á ella.

El caballero era castellano, y como tal ingenioso y galante; tenía la imaginacion que inventa, y el valor y la fuerza que ejecutan.

—Señora, contestó, la arrogancia de ese renegado me causa risa, pero estoy muy dispuesto á castigarle por el susto que os ha dado; sin duda que el pobre diablo no reflexiona que si yo me empeño en clavarle contra las varillas de la litera, se verá en la absoluta imposibilidad de dar muerte á la dama, que está guardada en ella.

—¡ Oh ! matar á ese hombre que cumple con su consigna!

—Ah ! Mirad como espía nuestros movimientos, y como manda á sus compañeros preparar las armas!

Estas palabras fueron pronun-

ciadas en castellano. Los moros los miraban con sorpresa, porque si bien habian comprendido cuanto habia dicho en árabe doña Maria, y las miradas amenazadoras que les lanzaban los caballeros, no entendian ni palabra del idioma español siguiendo las practicas rutinarias de la religion mahometana, que concentran en la lengua árabe y en el alcorán toda superioridad.

— Ya lo estais viendo señora; ellos se disponen á atacarnos sino emprendemos la retirada: estos moros son unos perros robiosos, añadió el caballero, sintiendo ardientes deseos de asestar un buen bote de lanza contra el gefe de ellos, para lucir su destreza en presencia de una noble y hermosa dama.

— ¡ Esperad, dijo doña Maria, esperad? Creis que no comprenden el castellano?

— Estoy seguro de ello, pero haced la prueba si gustais, señora.

— Me ocurre otra idea, repuso doña Maria de Padilla. Aïssa, gritó en alta voz, pero haciendo como que hablaba con el caballero! ¿creo que me ois, no es verdad? si asi es, moved la cortina de la litera.

Al terminar estas palabras las cortinas se agitaron fuertemente.

Los moros absortos en su vigilancia, no hicieron alto en ello.

— Ya veis como ninguno ha vuelto la cabeza, señora, observó el caballero.

— Acaso sea una estratagemu, esperemos un poco mas, y continuando hablando con la jóven en voz alta, le dijo.

— Sabed que no os observan mas que por un lado de la litera; dedicados los moros enteramente á vigilar nuestros movimientos, os dejan libre el costado opuesto al en que nosotros nos hallamos: si la litera está cerrada, cortad las cortinas con vuestro puñal, salid de

ella y marchad á refugiaros á aquel árbol que se ve allá abajo á doscientos pasos de aquí. Daos prisa, pues se trata de incorporaros á la persona que ya sabeis, y para lo cual, yo osaltaré los medios.

No bien doña Maria, cuyo semblante revelaba la mas completa indiferencia, acabó de pronunciar estas palabras, vió balancearse la litera de un modo imperceptible. Los caballeros hicieron una simulada manifestacion hostil hácia los moros, los cuales avanzaban por su parte tendiendo sus arcos, y blandiendo sus mazas.

Entretanto los castellanos vieron que la hermosa Aïssa huia por el lado opuesto de la litera, dirigiéndose apresuradamente hácia el corpulento y frondoso árbol. Asi que doña Maria notó que habia llegado á él, dijo dirigiéndose á los moros:

—Deteneos! nada temais; guar-

dad vuestro tesoro puesto que no es nuestro ánimo gustároslo; ahora dejadnos el paso libre.

El gefe, cuyo ceñudo semblante recobró su habitual indiferencia al oír estas palabras, se hizo á un lado, y los suyos la imitaron.

De aquí resultó que la escolta, de doña Maria pasó con toda seguridad por en medio de las filas de los sarracenos y fue á colocarse entre Zoraida, y los que un momento antes eran sus guardianes.

Aïssa lo habia comprendido todo, y cuando vió colocarse ante ella aquella muralla protectora de veinte hombres armados, corrió presurosa á los brazos de Maria, y le besó las manos con la mas afectuosa efusion.

El gefe de los arqueros moros, por su parte, cuando vió que la litera se hallaba vacía comprendió que habia sido víctima de un ardid, y dió un grito de rabia cre-

yéndose perdido.

Por un momento tuvo la idea de lanzarse contra las gentes de armas de doña Maria , pero espantado por la desigualdad de la lucha en que iba á empeñarse , prefirió saltar sobre un caballo que llevaba de las riendas el escudero de Mothril , y partió á todo escape con direccion al campo de batalla.

—No hay tiempo que perder ! dijo doña Naria al caballero ; contad , señor , con mi eterno reconocimiento , si conseguís alejar de Mothril á esta encantadora jóven , y conducirla por el mismo camino que ha emprendido Agenor de Mauleon.

—Señora , repuso el caballero, tened presente que Mothril es el favorito de vuestro Rey , que esa jóven es hija suya , que por consiguiente le pertenece , y que me obligais á robarle su hija.

—Pero en ello no haceis mas que

obedecerme.

—Eso es mucho mas de lo que yo necesito, y si llegase á perecer en esta empresa, siempre me resultará la gloria de haber sacrificado mi vida al servicio vuestro... Pero si el Rey don Pedro me haya por casualidad fuera del puesto que tengo orden de ocupar á vuestro lado, que habré de responder entonces?

La falta será mas grave, pues habré desobedecido al Rey.

—Teneis razon; no seria justo que la vida y el honor de un tan bizarro y cumplido caballero, se viesen comprometidos por el capricho de una muger.—Indicadnos únicamente el camino: doña Aïssa montará ahora mismo á caballo, y tendrá la bondad de acompañarme hasta que lleguemos al que ha emprendido el Bastardo de Mauleon, una vez allí, nos separaremos da ella, y regresaremos al campo.

No era esta sin embargo, la intencion de doña Maria, la cual queria únicamente ganar tiempo, y tratar de vencer la eserupulosa delicadeza del caballero. Acostumbra da como se hallaba á ver satisfechos sus mas insignificantes deseos, contaba en esta ocasion con su ascendiente y su buena fortuna.

El caballero puso su caballo al paso que llevaba la hacanea de doña Maria, y despues de colocar á Aïssa sobre otra bastante vigorosa, la escolta salió á galope cortando la llanura por la izquierda del campo de batalla, y dirigiéndose á toda brida hácia el camino de Francia, trazado en el horizoute por los abedolos ondulantes, bajo la impresion de un viento de Este.

Ninguno hablaba, ni pensaba en otra cosa que en redoblar la rapidez de los caballos, que iban ya cubiertos de espuma. Ya habian andado unas dos leguas; ya el cam-

po de batalla cubierto de sangre, de muertos y de espigas estropeadas, se presentaba á su vista como un lienzo gigantesco lleno de cadáveres, cuando doña María observó que se dirigia hácia ellos á todo escape un caballero, á quien reconoció por el penacho que llevaba en la cimera del yelmo.

—Como! ¿sois vos, señor de Ayala? gritó al prudente mensajero, que ya daba un rodeo para evitar un encuentro que le parecia sospechoso.

—El mismo, noble señora, respondió el castellano al reconocer á la querida del Rey.

—Traeis alguna noticia?

—Una muy extraordinaria: habíais creído que el Rey don Enrique de Trastamara era nuestro prisionero, y en esta seguridad, habia partido Mothril á continuar la persecucion del ejército fugitivo, cuando al levantar la visera del

desconocido que llevaba el casco del Rey , hemos visto que este no era otro que el caballero de Mauleon, ese embajador francés que despues de haber emprendido su fuga sin el menor contratiempo , ha querido dejarse prender para salvar al Rey don Enrique.

Aïssa dió un grito penetrante, y exclamó en seguida:

—Ah ! ¡ prisionero!

—Sí señora , prisionero , prosiguió Ayala : y cuando yo he partido , el Rey furioso de cólera le amenazaba con todo el peso de su venganza.

—Aïssa llorosa exclamó : le matará ? ; No ; es imposible!

—En poco ha estado que no matase al condestable.

—Pero yo no quiero que él muera , repuso la jóven dirigiendo su hacanea hácia el campo de batalla.

—Aïssa ! Aïssa ! deteneos ! vaís á perderme y á perderos vos misma , dijo doña Maria.

—Yo no quiero que él muera , repitió Zoraida continuando.

Doña Maria incierta y vacilante acerca del partido que debia tomar, trataba en vano de devolver á Aïssa la razon y el sentimiento , cuando de repente llegó á sus oidos un rumor producido por un destacamento de caballeros que caminaban rápidamente.

—Ah ! somos perdidos ! exclamó el caballero alzándose sobre los estribos ; una tropa considerable de moros se aproxima rápidamente hacia nosotros , y hé ahí su gefe que la precede.

Efectivamente antes que Aïssa se hubiese separado del camino , aquella furiosa cabalgata , abriéndose como una ola al precipitarse sobre el ángulo de un arco , la cer-

có, y volvió á cerrarse cogiendo dentro de su círculo á todos sus compañeros y aun á la misma doña Maria, la cual á pesar de su natural resolucion permaneció desfallecida, inmóvil y consternada á la izquierda del caballero, cuya intrepidez no se desmintió en estas circunstancias.

Entonces Mothril destacándose del grupo tomó las bridas de la hacanea de Aïssa, y con una voz sofocada por la rábia, exclamó:

—A dónde vais?

—A buscar á Agenor á quien vos quereis matar, contestó Aïssa.

Mothril distinguió entonces á doña Maria, y continuó:

—Ah!... os acompaña doña Maria! dijo haciendo rechinar los dientes: ya comprendo!... ya comprendo!...

Y manifestó en su semblante una espresion tan espantosa, que

el caballero puso su lanza en ristre.

—Veinte, contra ciento veinte! dijo, estamos perdidos.

Las treguas.

Pero no era el combate lo que deseaba Mothril: volvióse lentamente hacia la llanura, miró por última vez el campo de batalla, y dirigiéndose á doña Maria Padilla, le dijo:

— Creia, que el Rey nuestro señor os habia señalado un lugar de retiro. ¿Habrá mudado ya de parecer y tendreis órdenes diversas?

—Ordenes ! replicó la altiva castellana. ¿ Olvidas , sarraceno , que la muger con quien hablas , está mas acostumbrada á darlas que á recibirlas ?

Mothril se inclinó.

—Pero , señora , dijo , si teneis la facilidad de obrar segun vuestra voluntad , al menos no supondreis que podreis disponer libremente de doña Aïssa... Doña Aïssa es mi hija.

Aïssa se preparaba á responder con alguna exclamacion furiosa ; pero Maria la contuvo.

—Señor Mothril, dijo , no quiera Dios que yo promueva la discordia en vuestra familia ; los que desean ser respetados deben respetar á los demas. Yo habia hallado á Aïssa sola , afligida y desconsolada, y la traje en mi compañía.

Aïssa no pudo ya contenerse por mas tiempo.

—Y Agenor ! gritó. ¿ Qué habeis

hecho de mi caballero Agenor de Mauleon?

—Ah! exclamó Mothril. ¿No es este caballero el que causaba tantas inquietudes á mi hija?

Y una funesta sonrisa animó por un instante su fisonomía contraida.

Maria no respondió.

—No es este, continuó Mothril dirigiéndose á Maria, el caballero á cuyo lado pensabais conducir caritativamente á mi desventurada hija?

—Sí, dijo Aïssa, é insisto en llegar á su presencia. Ah! tus miradas no me asustan, padre mio. Cuando Aïssa quiere, quiere con decisión. Quiero hallar á Agenor; llévame á su lado.

—Al lado de un infiel! dijo Mothril á quien la rabia comprimida alteraba progresivamente las facciones.

—Al lado de un infiel, sí; por

que ese infiel es.....

Maria le interrumpió.

—El Rey llega.

El moro hizo una seña á sus esclavos, quienes cercaron repentinamente á Aïssa, separándola de Maria de Padilla.

—Le habeis muerto! le habeis muerto! gritó la jóven, pues bien! yo tambien moriré!

Al decir esto sacó de una vaina de oro una pequeña daga aguda como la lengua de las víboras, en la cual reflejaron vivamente los rayos del sol.

Mothril se precipitó sobre ella... Todo su furor se habia desvanecido y su habitual ferocidad cedió á una ansiedad dolorosa.

—No, no, dijo, Agenor vive.

—¿Quien me lo asegura? replicó la jóven dirigiendo al moro una ardiente mirada.

—Pregúntaselo al mismo Rey; ¿le darás crédito?

—Sí; pregúntale por él y yo oiré su respuesta.

D. Pedro se habia acercado.

Maria de Padilla se arrojó en sus brazos.

—Señor, exclamó de repente Mothril, cuya razon iba ya alterándose, ¿es cierto que ha muerto el francés Mauleon?

—No, voto al infierno! dijo el Rey con acento sombrío; ni aun he podido herir á ese demonio, á ese traidor. Ese miserable, ha sido enviado á Francia por el príncipe negro, y huye ahora libre, dichoso y sin temores, como huye el gorrion de las uñas del buitre.

—¿Es cierto que está libre? repitió Aïssa, y con la vista preguntaba á todos los circunstantes.

Pero entretanto, Maria de Padilla que habia adquirido noticias positivas y que sabia la verdad de la salvacion de Mauleon, indicó por señas á la jóven que perman-

cirse tranquila pues su amante estaba sano y salvo.

De repente, todo el delirio de la jóven mora se aplacó, como al salir el sol se disipan las tempestades, y se dejó conducir por Mothril siguiéndole con la cabeza baja y sin advertir que el Rey don Pedro fijaba en ella una ardiente mirada, pues se hallaba dominada por la sola idea de que vivia Agenor y por la única esperanza de que aun podría verle.

Maria de Padilla sorprendió esa mirada del Rey y adivinó su sentido; pero al mismo tiempo pudo observar en el rostro de la mora el profundo disgusto que le habian causado las crueles palabras de don Pedro sobre Agenor.

—No importa, dijo para sí: Aïssa no permanecerá en la córte. Pronto saldrá, y yo la reuniré con Mauleon. Es menester que así suceda. Mothril se opondrá con todas sus

fuerzas ; pero mediré con él las mias , y veremos cuál de los dos sucumbe en la lucha.

Apenas habia acabado de formar este proyecto , cuando oyó que el Rey decia al moro en voz baja:

—Lo cierto es , que es muy bella. Nunca me ha parecido tan hermosa como hoy.

Mothril se sonrió.

—Sí , continuó Maria , asaltada por los celos ; esta es toda la causa de la guerra.

La entrada de don Pedro en Burgos se celebró con todo el esplendor que da una victoria decisiva al poder legítimo.

Como ya no podian esperar nada los rebeldes , se sometieron , y el entusiasmo por su vencimiento fue tan poderoso como las exhortaciones del príncipe de Gales para trocar en mansedumbre la crueldad habitual de don Pedro.

Este príncipe se dió por satis-

fecho con ahorear á doce ciudadanos de los mas comprometidos , hacer que sus soldados azotasen á un centenar de descontentos , y decretar algunas confiscaciones lucrativas en provecho de su tesoro , en una de las ciudades mas ricas de España.

Después , como ya estaba cansado de estas luchas encarnizadas , como le sonreia la fortuna , y necesitaba distraer su espíritu y alegrar su corazon con el bullicio de las fiestas , hizo de Burgos una ciudad real. Los bailes y los torneos se sucedieron sin interrupcion; distribuyéronse dignidades y recompensas , y se olvidó la guerra y aun los pasados rencores.

Mothril velaba, sin embargo; pero en vez de ocuparse como ministro prudente , de los acontecimientos y de la eventualidad de otra guerra , adormecía al Rey en una seguridad estremada.

Don Pedro habia despedido ya á los ingleses , aunque sin que estos quedasen muy satisfechos ; algunas plazas fuertes que conservaban en su poder , les indemnizaban mal y á costa de grandes peligros de los enormes gastos de la guerra.

El príncipe de Gales habia presentado les cuentas á su aliado. La suma era espantosa. Don Pedro , conociendo lo peligroso de exigir nuevos impuestos en una época de restauracion , pidió que se le concediese un plazo para el pago. Mas el príncipe inglés conocia á su aliado y no queria esperar. Se vé, pues, que aun en las épocas de prosperidad habia en torno del Rey don Pedro tales gérmenes de desgracia , que el príncipe mas infeliz y el mas arruinado de los vencidos no hubiera cambiado su condicion por la de aquel.

Pero este era el momento que Mothrill esperaba y que tal vez ha-

bia previsto. Sin manifestar su conmoción se sonrió de las pretensiones del inglés, y persuadió al príncipe español de que cien mil sarracenos valdrian tanto como diez mil ingleses, costarian menos y facilitarían á España la dominación de Africa, siendo una doble corona el resultado de esta política.

Al mismo tiempo le insinuaba que el único medio de reunir sólidamente las dos coronas en una sola cabeza era concluir una alianza, y que una hija de los antiguos príncipes árabes de la sangre venerada de los califas, sentada al lado de don Pedro en el trono de Castilla, reuniria en un año á esta monarquía el dominio de Africa y aun de todo el Oriente.

Esa hija de los califas, como puede conocerse, era Aïssa.

El moro veia allanarse para lo sucesivo todos los caminos. Ya creia que sus sueños se realizaban. Mau-

leon no podia servirle de obstáculo, pues habia partido. Además, era Mauleon un verdadero obstáculo? Quien era Mauleon? un caballero entusiasta, franco, leal y crédulo. Y constituia todo esto un antagonista capaz de infundir temoras al astuto Mothril.

Aïssa era el único obstáculo formal que se presentaba.

Pero la fuerza vence al fin la resistencia. Bastaba únicamente probar á la jóven una infidelidad de Mauleon, y esto no era difícil. De cuando acá no han practicado los árabes el espionaje para descubrir la verdad, y el falso testimonio para acreditar una mentira?

Otro obstáculo, aun mas grave, traia inquieto al moro y era la muger altiva y bella que aun lo podia todo en el ánimo de don Pedro por el hábito y la dominacion del placer.

Maria de Padilla, desde que pe-

netró los intentos de Mothril trabajaba en contrariarlos con una destreza digna en un todo de su raro y extraordinario talento.

Adivinaba los menores deseos de don Pedro, y cautivaba su atencion, y sabia extinguir en él los menores síntomas de cualquier passion que ella no hubiese inspirado.

Dócil cuando se hallaba sola en compañía de don Pedro, señora imperiosa y altiva delante de todos, mantenía con Zoraida, á quien llamaba su amiga, una secreta inteligencia.

Hablándola siempre de Mauleon, impedía que pensase en don Pedro; pero la ardiente jóven no necesitaba que fomentasen su amor, pues este solo debia acabar con su vida.

Mothril no habia podido sorprender aun estas conferencias misteriosas, y por tanto no desconfiaba; solo veia uno de los hilos

de la intriga , porque lo tenía asegurado : el otro escapaba á su natural penetracion y se perdía en las sombras del artificio.

Aïssa no habia vuelto á presentarse en la corte ; la jóven esperaba la realizacion de la promesa que le habia hecho Maria de darle noticias positivas de su amante.

Y en realidad , Maria habia enviado á Francia un emisario encargado de buscar á Mauleon , de revelarle la situacion de los negocios y de traer algun recuerdo á la pobre mora , que desfallecia en la esperanza de una próxima reunion.

Este emisario , diestro montañés con quien Maria podia contar, era el hijo de la vieja aya con quien Mauleon la habia encontrado disfrazada de gitana.

He aqui el estado á que habian llegado las cosas en España y Francia : hallábanse frente á frente dos intereses vivos , enemigos furiosos

que solo aguardaban para embes-
tirse , el momento en que hubiesen
llegado á la plenitud de sus fuer-
zas con el descanso y el estudio.

Podemos pues , volver desde lue-
go al bastardo de Mauleon , quien
sin perjuicio del amor profundo que
debía conducirlo de nuevo á Espa-
ña , volvía ahora á su patria , li-
gero , alegre y orgulloso con su li-
bertad , como el gorrion de que ha-
blaba el Rey de Castilla.

Viaje.

Agenor comprendia toda la dificultad de su posicion. Ser libre por la generosidad del príncipe de Gales era un favor privilegiado que muchos podian enviarle. Aguijó á su caballo, gracias á las exhortaciones reiteradas de Muzaron, quien, alegre por conservar su cabeza, agotaba toda su elocuencia para pintar el peligro de una persecucion

y los placeres de la vuelta á la patria.

Pero el honrado Muzaron perdía su tiempo. Agenor no le escuchaba. Separado el caballero de Aïssa, su alma habia quedado en España, inquieta, afligida, perdida!

Sin embargo, tal era en aquella época el sentimiento del deber, que Mauleon, cuyo corazon se indignaba con la sola idea de separarse de su amada, y palpitaba de alegría á la idea de volver á verla, continuaba con resolucion su camino, sin reparar en que tal vez perderia para siempre á su bella mora, por cumplir la mision que le habia confiado el condestable.

El pobre caballo se hallaba ya muy cansado. El noble animal que habia sobrellevado las fatigas de la guerra y obedecido á los caprichos amorosos de su dueño, no pudo pasar de Burdeos, donde lo dejó Mauleon para tomarlo á la vuelta.

Desde aquella ciudad, mudando á cada momento de caballos, é inventando el sistema de posta, mucho antes de Luis XI, de ingeniosa memoria, nuestro viajero no paró hasta caer de improviso cansado y sin alientos á los pies del buen Rey Carlos, que se hallaba ocupado en apuntalar sus frutales en el frondoso jardín del palacio Saint-Paul.

—Hola! ¿Qué noticias me traeis, señor de Mauleon? dijo el Rey Carlos, á quien habia privilegiado la naturaleza con el don de conocer siempre á cualquiera persona que hubiese visto una vez.

—Señor, respondió Agenor doblando una rodilla, vengo á revelaros una noticia funesta: vuestro ejército ha sido vencido en España.

—Cúmplase la voluntad de Dios! replicó el príncipe perdiendo el color. Pero podrá rehacerse el ejército?

—Señor, el ejército ya no existe.

—Dios es misericordioso, dijo el Rey en voz baja. Y como sigue el condestable?

—Lo han cogido prisionero los ingleses.

El Rey no pudo reprimir un suspiro, pero no contestó.

A los pocos momentos, su frente se habia serenado.

—Cuéntame la batalla, dijo por último. ¿En qué sitio se ha dado?

—En Navarrete, señor.

—Continúa.

Agenor refirió la derrota y dispersion del ejército, la prision del condestable, y cómo este habia sido socorrido milagrosamente por el príncipe Negro.

—Necesito rescatar á Beltran, dijo Carlos V, aunque no sé si querrán admitir el rescate.

—Sin duda lo admitirán. Ya se ha fijado la suma.

—En cuánto?

—En setenta mil florines de oro.

—Y quién ha fijado esa cantidad? dijo el Rey algo alarmado por lo crecido del guarismo.

—El mismo condestable.

—El condestable! me parece que es demasiado generoso.

—Juzgais señor que se habrá tasado en mas de lo que vale?

—Si se hubiera estimado en su verdadero valor, repuso el Rey, no bastarian á rescatarle todos los tesoros de la cristiandad.

Mas aunque el Rey hacia justicia de este modo á Beltran, quedó sumido en una profunda distraccion, cuyo significado no pudo Agenor desconocer.

—Señor, dijo, no se aflija V. M. por el rescate del condestable, puesto que él mismo me ha encargado que vea á su esposa, madama Tiphaine Raguenel, que tiene cien mil escudos y los dará de buen grado para rescatar á su marido.

—Ah! ¡Buen caballero! dijo Carlos algo mas animado; el condestable es tan buen tesorero como buen guerrero. Nunca lo hubiera creido. ¡Cien mil escudos! Ah! Es mas rico que yo. Si me prestara esos setenta mil florones... Se los devolveria sin tardanza.... Pero ¿estás seguro de que los posee? Y si no existen.

—Por qué, señor?

—Porque Mad. Taphaine Rague-nel es muy celosa de la gloria de su marido, y observa por su parte una conducta propia de una señora caritativa y espléndida.

—En el caso de que no tenga ese dinero, recurriré á otro arbitrio para el cual me ha autorizado el condestable.

—Cuál?

—El de recorrer la Bretaña gritando: «El condestable ha caido en poder de los ingleses; pagad su rescate, hombres de Bretaña, y vosotras, mujeres de Bretaña, hilad.»

—Sí, dijo el Rey vivamente, tomarás una de mis banderas, con tres de mis hombres de armas, y echarás el mismo pregon por toda Francia. Pero no lo hagas hasta la última estremidad. Si, posible es que podamos reparar así la desgracia de Navarrete... Nombre execrable! El nombre de Navarra siempre ha sido de mal agüero para los franceses.

—Imposible, señor; pronto vereis fugitivo al príncipe Enrique de Trastámara. Los ingleses publicarán su victoria con todas las trompetas de Gascuña, y los infelices bretones, heridos, desnudos y derrotados, volverán á su patria contando á todos su lamentable historia.

—Es cierto! Parte, Mauleon, y si ves al condestable...

—Lo veré.

—Dile que aun no se ha perdido nada, con tal de que yo cuente con su libertad.

—Señor, tenía que deciros una palabra de parte suya.

—Habla.

—Di al Rey, me dijo al oído, que nuestro proyecto marcha perfectamente, y que por los calores de España, muchos franceses han muerto sin poder resistir el clima.

—Bravo Beltran! Apostaría que se rió cuando te dijo esas palabras.

—Siempre invencible, señor, y tan impasible en la derrota como en la victoria.

Agenor se despidió del Rey Carlos V, quien le mandó dar trescientas libras, don magnífico con cuyo auxilio pudo Agenor comprar dos buenos caballos de guerra, por cincuenta libras cada uno. Dió diez libras á Muzaron, quien, en extremo maravillado, las guardó en su cinturón de cuero, y fue á renovar su equipaje á la calle de la Draperie. Agenor compró tambien

en la calle de Heaumerie uno de esos cascos de nueva invencion, que se cerraban con un resorte y lo regaló á su escudero, cuya cabeza se prestaba tan facilmente á los golpes en los encuentros contra los sarracenos.

Este útil y vistoso regalo dió nuevo realce á las facciones de Muzaron, y le revistió á la vista de su amo de un tierno orgullo de escudero.

Ambos pusieron en camino. ¡Es tan bella la Francia! Es tan grato ser jóven, fuerte, valiente, enamorado, correspondido, tener ciento cincuenta libras en el arzon de la silla y llevar un equipaje nuevo, que Mauleon respiraba con fuerza, y Muzaron se estiraba sobre la silla, dándose el aire de un gendarme. Parecia que el primero decia: Miradme; yo amo á la jóven mas hermosa de España. Y el segundo: he visto á los moros; me

he hallado en la batalla de Navarrete, y tengo un casco de ocho libras, comprado en casa de Poinerot, calle de la Heaumerie.

Alegres y equipados de esta suerte, Agenor y su escudero llegaron á las fronteras de Bretaña donde resolvió pedir al duque Juan de Montfort, príncipe reinante, el permiso de visitar en sus dominios á madama de Ragueneil, y recoger el dinero necesario para el rescate del condestable.

La comision de Muzaron, agente ordinario de Agenor, era delicada. El conde de Montfort, hijo del viejo conde que habia hecho la guerra contra Francia con el duque de Lancastre, podia conservar todavía contra Beltran algunos rencores por haber sido la causa de que se levantase el sitio de Diana; pero ya hemos dicho que en aquel tiempo abundaban las bellas acciones y los corazones generosos.

Al saber el jóven conde de Montfort la desgracia de Beltran , olvidó su enemistad.

—Yo no lo permito , exclamó : lo ordeno. Que se recauden en mis dominios las sumas que sean necesarias. No solo quiero verle libre sino que solicitaré su amistad cuando vuelva á Bretaña. Nuestro pais se honra con ser su patria.

Despues de dar esta contestacion, el conde recibió á Agenor con distincion, le ofreció los presentes que correspondian á un embajador real, é hizo que una esolta de hocor le acompañase hasta la casa de madama Tiphaine Raguenel , que habitaba en la Roche-d'-Airien , en un dominio de la familia.

Mad. Tiphaine Raguene!

Tiphaine Raguene!, hija de Roberto Raguene!, señor de la Belliere, vizconde y hombre de la primera nobleza, era una de esas mugeres en quien se hallan reunidas todas las cualidades, y que pocas veces suelen encontrar los héroes, bien porque Dios no quiere reunir en una sola familia los dones privilegiados, ó ya porque el mérito

de uno de los esposos absorbe ordinariamente el del otro.

Tiphaine Raguenel, en su juventud, era llamada por los bretones Tiphaine la ninfa. Tenia conocimientos profundos en la medicina y la astrología; ella fue la que en dos combates célebres de Beltran le habia pronosticado la victoria con grande admiracion de los inquietos bretones; cuando Beltran, cansado del servicio, quiso retirarse á la vida privada, ella fue quien le hizo volver á la carrera de la gloria que tanta fortuna y nombradía le dió. En efecto, hasta la guerra hecha por Cárlos de Blois á Juan de Montfort, en la cual Beltran fue promovido al mando del ejército, el héroe breton solo habia tenido ocasion de desplegar sus fuerzas, su destreza y su acreditado valor como campeon duelista y gefe de partidarios.

De esta suerte, Tiphaine Ra-

guenel egercia en su esposo y en todo el pais una influencia igual á la de una gran Reyna.

Habia sido bella y era de ilustre linage. Su talento le daba la superioridad entre los hombres de saber, y á estas cualidades preciosas, añadia como recomendacion, el desinterés ejemplar de su esposo.

Cuando supo la llegada de un mensajero de Beltran, salió á recibirlo acompañada de sus doncellas y pages.

La inquietud se pintaba en su rostro; Tiphaine se habia vestido de luto con afectado descuido, lo cual habia infundido un terror supersticioso á los comensales y siervos de las dependencias de la Roche-d'-Ayrien en aquellas circunstancias, pues se ignoraba el desastre de Navarrete.

Thipaine salió al encuentro de Mauleon, y le recibió en el puente levadizo.

Mauleon habia depuesto su natural jovialidad para afectar el rostro severo y circunspecto de un mensajero de mal agüero.

Inclinóse primero, y en seguida puso una rodilla en tierra, mas subyugado por el exterior imponente de la noble dama, que por la gravedad de las noticias que le traia.

—Hablad, caballero, dijo Tip-haine; se que traeis malas noticias de mi esposo, hablad.

Sucedió un lúgubre silencio en torno del caballero, y en los fieros rostros de los bretones se pintó la ansiedad mas dolorosa. Notóse sin embargo que el caballero no habia puesto el crespon á su bandera ni á su espada, como era de costumbre hacer en caso de muerte.

Agenor cobró aliento, y empezó su triste relacion que Mad. Ragueneil escuchó sin manifestar la menor sorpresa. Unicamente el as-

pecto sombrío de sus facciones se hizo mas intenso y doloroso. Mad. Tiphaine Raguenel escuchó, decimos, hasta el fin la dolorosa relacion de Agener.

— Bien, dijo, luego que todos los bretones hubieron prorrum-pido en gritos de dolor y en fervorosas súplicas; ¿segun eso venis de parte de mi esposo, caballero?

— Sí, señora, replicó Mauleon.

— Y estando prisionero en Castilla admitirán su rescate?

— El mismo lo ha ofrecido.

— Cuanto ha prometido?

— Setenta mil florines de oro.

— No es mucho para tan gran capitan... Pero ¿dónde piensa hallar esa suma?

— Espera que vos se la faciliteis.

— Yo?

— Sí; ¿no teneis cien mil ducados de oro que el condestable trajo de su última expedicion, y dejó en depósito á los religiosos del

Monte San-Miepiel?

—Es verdad, la suma era de cien mil libras, pero se ha gastado.

—¡Se ha gastado! exclamó involuntariamente Mauleon, recordando las palabras del Rey; ¡se ha gastado!...

—Como convenia gastarla, á lo que creo, prosiguió la dama. He pedido esa suma á los religiosos para vestir á ciento veinte hombres de armas; socorrer á doce caballeros de nuestro pais, y educar á nueve huérfanos, y como ya no me quedaba nada, y aun tenia que casar á dos hijas de uno de nuestros amigos, y vecinos, he empeñado mi vajilla y mis joyas... No hay en la casa mas que lo estrictamente necesario. Sin embargo, aunque estemos en grandes apuros, creo haber obrado segun la voluntad de mi esposo, y que si se hallase presente, aprobaria mi conducta, y aun me daria las gracias.

Las palabras, «si se hallase presente» pronunciadas con ternura por la noble dama, hicieron derramar lágrimas á todos los circunstantes.

—En efecto, señora, dijo Mauleon; solo queda al condestable el recurso de daros las gracias como mereceis, y esperar su salvacion de Dios.

—Y de sus amigos, dijeron algunos, llevadós de su entusiasmo.

—Y como yo tengo el honor de ser el fiel servidor del condestable, repuso Mauleon, empezaré á dar cumplimiento al encargo que me hizo, calculando lo que ha sucedido. Tengo la trompeta del Rey, una bandera con las armas de Francia, y voy á correr el pais anunciando el suceso. Los que quieran ver libre al condestable, contribuirán á rescatarlo con su dinero.

—Yo me hubiera valido de ese medio, dijo Tiphaine Ragueneel; pero vale mas que vos lo hagais, con

el previo permiso del duque de Bretaña.

—Ya lo tengo , señora.

—Entonces , prosiguió Tiphaine Ragueneel , paseando sus miradas por la concurrencia , que engrosaba sin cesar ; ya lo oís , señores ; los que quieran manifestar á este caballero , el amor que profesan al nombre de Duguesclin , mirarán sin duda á su mensajero como á un amigo.

—Y desde luego , dijo un caballero que acababa de pararse detrás del grupo ; yo , Roberto , conde de Laval , daré cuarenta mil libras por el rescate de mi amigo Beltran. Esta suma no está lejos ; mis pages la traen.

—Que la nobleza de Bretaña os imite , generoso amigo , en proporcion de sus riquezas , y el condestable quedará libre esta tarde , dijo Tiphaine Ragueneel , dulcemente conmovida con esta liberalidad.

—Venid , caballero , dijo el conde de Laval á Mauleon ; os ofrezco hospitalidad en mi casa. Principiad desde hoy mismo vuestra colecta , que á fé mia será abundante. Dejemos á madama Tiphaine que pueda entregarse á solas á su dolor.

Mauleon besó respetuosamente la mano de la noble dama , y siguió al conde en medio de las bendiciones de un gran concurso atraído por la noticia.

Muzaron saltaba de alegría. Poco habia faltado para que le estrechasen las piernas y besasen sus es-tribos , ni mas ni menos que si hubiese sido un señor.

La hospitalidad del conde de Laval prometia algunos dias alegres al muy sóbrio y vigilante escudero , y ademas , Muzaron , confesémoslo , tenia la debilidad de querer ver , aunque no fuese mas que por su color, una grande cantidad de oro.

La suma aumentaba sin cesar con lo que llegaba de todos los pueblos. El humilde jornalero daba un dia de su salario, cada castillo daba el valor de dos bueyes ó cien libras, y los hombres de la clase media no menos generosos y nacionales, suprimian un plato en su comida y un adorno en los vestidos de sus mugeres.

Agenor en ocho dias reunió en Rennes ciento setenta mil libras, y concluido este filon, resolvió principiar la esplotacion de otro.

Ademas, es cierto, como dice la leyenda, que las mugeres de Bretaña hilaron mas activamente sus copos en favor de la libertad de Duguesclin que lo hacian para alimentar á sus hijos y vestir á sus maridos.

El mensajero.

Ocho dias hacia ya que Mauleon se hallaba en Rennes alojado en el palacio del conde de Laval, cuando una noche al tiempo de entrar con un saco cargado de oro, competentemente registrado por el escribano ducal, y el agente de Mad. Tiphaine Raguene! , el buen caballero encontró en un barranco entre la ciudad y el castillo, á dos

hombres de estraña catadura y de aptitud sospechosa.

—Qué gente es esa? preguntó Agenor á su escudero.

—En verdad, que parecen hijos de Castilla, exclamó Muzaron mirando de reojo á un caballero seguido de un page, que montaban sendos caballos andaluces, y se habian hecho á un lado del camino, para mirar á los franceses é interrogarlos al paso.

—Con efecto, la armadura es de español, y esas espadas, anchas y agudas, trascienden á Castilla.

—Y no produce eso en vos cierto efecto?

—Ciertamente que sí... mas si no me engaño, ese caballero quiere hablarme.

—O robaros ese saco de oro; pero afortunadamente traigo conmigo mi ballesta y...

—Déjala que descanse, puesto que ni el uno ni el otro han toca-

do todavía á sus armas.

Al terminar estas palabras, el extranjero gritó en español dirigiéndose á Agenor.

—Caballero!

—Es á mí, á quien quereis hablar? contestó Agenor en el mismo idioma.

—Si señor.

—Qué me quereis?

—Que tengais la bondad de indicarme el camino del castillo de Laval, repuso el caballero con esa fina cortesía que distingue en todas partes á los hombres de elevada clase, y á los castellanos, sea cualquiera á la que pertenezcan.

—Justamente voy á él, dijo Agenor, y puedo por lo tanto servirlos de guía; pero debo advertiros, caballero, que el señor del castillo no se encuentra en él, puesto que esta mañana ha salido á hacer una escursion á las cercanías.

—Con que segun eso, no hay

nadie en el castillo? preguntó el extranjero con marcadas señales de disgusto. Oh! añadió en seguida con voz casi imperceptible, ¡todavía es preciso buscar!

—Yo no he dicho que el castillo se halla enteramente desierto, repuso Mauleou.

—Tal vez abrigais, respecto á mí alguna desconfianza, dijo el extranjero alzando la visera de su casco, que así él, como el caballero de Mauleon habían conservado echada hasta entonces, siguiendo en esto la costumbre adoptada por todos los viajeros que en aquella época de desconfianza y piratería, recelaban siempre ser víctimas de alguna traición.

Pero no bien el castellano manifestó descubierto su semblante, Muzaron exclamó:

—Jesus!

—Qué es eso? preguntó Agenor sorprendido.

El extranjero sorprendido también de la exclamación de Muzaron, dirigió á este una mirada escudriñadora.

—Gil Perez! murmuró el escudero al oído de Agenor.

—Y quién es ese Gil Perez? preguntó Agenor en el mismo tono.

—Es el hombre que encontramos en España con doña María, el hijo de aquella buena vieja gitana que vino á daros una cita para la capilla.

—Bondad divina! dijo Agenor lleno de inquietud. ¿Qué objeto puede traerlos á este país?

—El de perseguirnos tal vez.

—En todo caso ten prudencia!

—Oh! ya sabeis que no es necesario que me advirtais nada respecto á eso.

Durante este coloquio el castellano examinaba con curiosidad á los interlocutores, retrocediendo algunos

pasos con señales de temor.

—Bah! ¿Qué mal puede hacernos la España dentro de la Francia? se dijo á sí mismo Agenor, tranquilizándose despues de un momento de reflexion.

—Seguramente traernos alguna noticia, dijo Muzaron.

—Oh! eso es lo que me hace estremecer; porque yo temo mucho mas á los acontecimientos que á los hombres. No importa; voy á dirigirle algunas preguntas.

—Seamos prudentes, porque si fuesen emisarios de Mothrill.....

—Pero no dices tú que recuerdas haber visto á ese hombre al lado de doña Maria Padilla?

—Sí, pero no habeis visto tambien á Mothrill al lado de don Fadrique?

—Es verdad.

—Estemos, pues, en guardia, dijo Muzaron, colocando sobre el pecho su ballesta, que un momento antes

traía á la espalda.

El castellano observó este movimiento.

—Por qué desconfiais, dijo; nosotros no somos enemigos. Acaso nos hemos presentado con descortesía ó es quizá el aspecto de mi semblante lo que os ha desagradado?

—De ninguna manera, dijo Agenor vacilando, pero... ¿qué objeto os trae al castillo del señor de Laval?

—Voy á decíroslo. Mi objeto es encontrar á un caballero que debe estar alojado en el palacio del conde.

Muzaron dirigió á su señor por entre los agujeros de su visera una mirada interrogatoria.

—Un caballero! Podriais decirme su nombre?

—Oh! señor, no exijais de mí una indiscreción en cambio del servicio que me haceis; preferiria sin duda alguna aguardar á que cruzase

por este camino otro viajero menos curioso.

—Teneis razon, caballero, teneis razon, y por lo tanto escusaré mis indiscretas preguntas.

—Yo habia concebido grandes esperanzas, al ver que me respondiais en el idioma de mi pais.

—Esperanzas de qué?

—De dar fin á mi comision.

—¿Cerca de ese caballero?

—Si señor.

—Y qué inconveniente teneis en nombrarlo puesto que habré de saber su nombre en el momento que lleguemos al castillo?

—Entonces, caballero, estaré bajo la proteccion de un señor el cual no sufrirá que se me maltrate.

Muzaron, que era discreto siempre que suponía que amenazaba algun peligro á su señor, tuvo una inspiracion feliz, cual fué la de levantar su visera y aproximarse al castellano.

—Válgame Dios! exclamó este.

—Buenos dias, señor Gil Perez, añadió Muzaron.

—Ah! precisamente sois el hombre á quien ando buscando.

—Héme aquí, dijo Mauzaron, desenvainado su aguzado puñal.

—No se trata ahora de eso, repuso Gil Perez; ¿es vuestro amo este caballero?

—Qué caballero, ni qué amo?

—Este caballero es el señor Agenor de Mauleon?

—El mismo, repuso este; sepamos de una vez de qué se trata.

Gil Perez miró al caballero con una especie de desconfianza.

—Y si me engañais? dijo:

Agenor hizo un brusco movimiento.

—Escuchadme, caballero, dijo el castellano: el buen mensajero debe de ser receloso.

—No te basta el haber reconocido á mi escudero?

—Si, pero yo conozco á su señor.

—Tendrias la osadía de desconfiar de mí, bribon, exclamó Muzaron furioso.

—Yo desconfio de todo el mundo cuando, se trata de cumplir fielmente con mi deber.

—Guárdate de ponerme en la precision de que yo te corrija, porque mi puñal está muy bien afilado.

—Tambien lo está mi espada, dijo el castellano. Pero sois poco razonable. La muerte de cualquiera de nosotros haria imposible mi comision. Vamos si gustais á Laval; allí cualquiera puede nombrar, sin ser prevenido al señor de Mauleon, y entonces me comprometo á cumpiir sin tardanza las órdenes de mi ama.

Estas palabras hicieron estremecer á Agenor, quien exclamó:

—Tienes razon, buen escudero,

me habia equivocado ; acaso vienes de parte de doña Maria?

—No tardareis en saberlo , si es cierto que sois el Sr. Agenor de Mauleon, contestó el terco castellano.

—Pues ven , exclamó el jóven con el calor de la impaciencia, ven... allá abajo se distinguen las torres del castillo , vamos pronto... Recibirás una satisfaccion completa, buen escudero... Arrea , Muzaron.

—Dejadme ir delante , dijo Gil Perez , os lo ruego.

—Como quieras ; pero anda ligero.

Los cuatro caballeros aceleraron cuanto pudieron la marcha.

Los dos mensajes.

No bien hubo entrado Agenor en el castillo de Laval, el escudero castellano, que observaba los menores gestos y palabras, oyó decir al guarda de la torre:

—Bien venido seais, señor de Mauleon.

Estas espresiones y las miradas de reconvencion que Muzaron le le dirigia, desengañaron al mensa-

gero, quien dijo inmediatamente al jóven:

—Podrá vuestra señoría oír dos palabras reservadas?

—Si no lo tomáis á mal nos retiraremos á hablar á ese patio plantado de árboles, contestó Agenor.

—Como gustéis, señor.

—No ignorais, prosiguió Mauleon, que Muzaron me inspira confianza, pues mas bien es un amigo que un servidor; pero vuestro compañero...

—Señor, bien lo veis, es un jóven moro que hallé hace dos meses en el camino que va de Burgos á Soria. El hambre le acosaba; habia sido muy maltratado por la gente de Mothríl, mandada por él en persona, el cual le habia amenazado con su puñal, á causa de lo inclinado que el pobre muchacho se manifestaba hácia la religion cristiana. Yo lo hallé pálido y ensangrentado, lo llevé á casa de mi

madre , á quien vuestra señoría conoce , añadió el escudero sonriendo , y le dimos de comer , despues de vendar sus heridas. Desde entonces nos ha dado grandes pruebas de fidelidad , y cuando hace dos semanas mi ilustre ama doña Maria...

El escudero bajó la voz.

—Doña Maria !... murmuró Mauleon.

—La misma , señor ; cuando mi ilustre ama doña Maria me llamó para confiarme una mision importante y peligrosa : Gil Perez , me dijo , vas á montar á caballo y á pasar á Francia ; lleva dinero abundante y una buena espada ; por todo el camino hasta París buscarás á un caballero (mi ama me dió las señas de vuestra señoría) que indudablemente se dirige á la corte del gran Rey Cárlos el Sabio ; lleva contigo un compañero fiel , pues te repito que la mision es peli-

grosa.

Entonces me acordé de Hafiz, y lo dije:—Hafiz, coje el puñal y monta á caballo.

—Bien, señor, me respondió, pero permitidme ir antes á la mezquita. Porque bien sabeis, dijo Gil Perez suspirando, que los españoles todavia tenemos iglesias para los cristianos, y mezquitas para los moros.

Le permití que fuese á la mezquita, preparé los dos caballos, puse en el arzon el puñal que aun veis colgado de un cordon de seda, y pasada una media hora volvió mi compañero, y emprendimos nuestra marcha. Doña Maria me habia entregado para vos una carta que traigo aquí.

Gil Perez abrió su coraza y su peripunte, y dijo á Hafiz:

—Dame tu puñal.

Hafiz, con su rostro atezado, sus

ojos brillantes y su habitual impasibilidad, habia permanecido silencioso é inmóvil como una estatua, durante la relacion de Gil Perez.

Mientras que el buen escudero enumeraba sus cualidades, su fidelidad, su discrecion, el moro no pestañeó, pero luego que oyó hablar de su ausencia de media hora para ir á la mezquita, un carmin pálido y siniestro coloró sus mejillas, y dió á su vista cierta expresion de inquietud y remordimiento.

Al pedirle Gil Perez el puñal, alargó con pausa la mano, lo desenvainó, y se lo entregó.

Gil Perez rasgó el forro del peripunte, y sacó una carta que estaba guardada en una cartera de seda.

Mauleon llamó á Muzaron para que se la leyese.

Desde luego este habia creido figurar en el desenlace de aquella

escena. Tomó, pues, la carta, la abrió, y empezó á leer á Agenor su contenido; mientras que Gil Pérez y Hafiz se mantenian á cierta distancia.

«Caballero Agenor, decia Maria de Padilla; me hallo muy vigilada y espuesta; pero la persona que sabeis lo está todavía mas. Aunque yo os desprecio bastante, mas es estima la persona por quien os escribo. Hemos pensado que os seria muy grato, ahora que os hallais en Francia, poseer lo que tanto deseabais.

«Permaneced en Rianzares, cerca de la frontera, por espacio de un mes, contado desde el recibo de la presente. La fecha de vuestra llegada á Rianzares la sabré exactamente por el fiel mensagero que os envío; aguardad en dicho punto con paciencia y con sigilo, y una tarde vereis llegar, no en la lita que conoceis sino en una ligera

caballería , el objeto de todos vuestros deseos.

«Huid entonces , señor Mauleon y renunciad al ejercicio de las armas; y ausentaos también para siempre de Castilla. Esto lo exijo de vos , confiada en que sois cristiano y caballero. Entonces , rico con el dote que os llevará vuestra muger, y dichoso con su amor y su belleza , guardad vuestro tesoro como señor vigilante , y bendecid á la desgraciada doña Maria de Padilla, que os da en esta carta su último adios.»

Mauleon , enternecido y medio loco de júbilo , no pudo contenerse y arrebatando á Muzaron la carta, imprimió en ella un ardiente beso.

—Ven , dijo al escudero , ven, que te abrace. Acaso se han rozado tus vestidos con los de mi ángel protector?

Hafiz observaba todos los pormenores de esta escena, aunque

inmóvil y silencioso como antes.

—Dí á doña Maria... exclamó Mauleon.

—Silencio, dijo Gil Perez interrumpiéndole, no pronuncieis en voz alta ese nombre.

—Dices bien, contestó Agenor bajando la voz; dí á doña Maria que dentro de quince dias...

—Perdonad, replicó Gil Perez; no debo ni quiero mezclarme en los secretos de mi ama. Soy un simple correo; pero no un confidente.

—Eres un modelo de fidelidad y de noble abnegacion, Gil Perez, y aunque soy pobre, quiero regalarte un puñado de florines.

—No puedo recibirlos, señor; me doy por bien pagado con el aprecio y confianza que merezco á mi ama.

—Pues entonces, tu page... tu fiel moro...

Hafiz abrió sus grandes ojos y el aspecto del oro imprimió un movimiento involuntario en todos sus

miembros.

—Te prohibo que lo tomes, Hafiz, dijo Gil Perez.

Esta inesperada prohibicion produjo en la momentánea alegria de Hafiz un cambio que no se ocultó á Muzaron, quien dijo á Gil Perez:

—Los moros son generalmente avaros, y este lo es mas que un moro y un judio reunidos. La mirada que os ha dirigido bien lo demuestra.

—Bah! todos los moros tienen mal gesto, Muzaron, y únicamente el diablo puede interpretar sus gestos, repuso Gil Perez sonriendo, y devolviendo á Hafiz el puñal, que este empuñó con un movimiento convulsivo.

A una señal de su amo, Muzaron se preparó á escribir la contestacion á doña María.

Pasaba á la sazón por alli el secretario del señor de Laval, y

deteniéndole Muzaron le pidió un pergamino y plumas, y escribió:

«Noble señora, me colmais de honores inmerecidos. Dentro de un mes, es decir, el día 7 del mes próximo me hallaré en Rianzares, dispuesto á recibir al objeto querido que me enviareis.

No renunciaré al ejercicio de las armas, porque tengo ardientes deseos de llegar á ser un gran guerrero, para hacerme acreedor á la felicidad de poseer á mi querida; pero os juro que no volveré á pisar la España, á no ser que lo exijais de mí vos misma, ó que alguna desgracia impida á Aïssa reunirse conmigo, en cuyo caso iria hasta el infierno, para encontrarla. Adios, noble señora; tenedme presente en vuestras oraciones.»

El caballero hizo una cruz al pie de este pergamino, y Muzaron escribió debajo:

AGENOR DE MAULEON.

Mientras que Gil Perez ocultaba bajo su coraza la carta de Mauleon, Hafiz, que habia montado á caballo, espiaba mas bien como un tigre que como un perro leal, todos lo movimientos del escudero. Vió el lugar donde habia ocultado el depósito y se mostró indiferente en lo restante de la escena, como si ya hubiese visto cuanto necesitaba.

—Y ahora qué piensas hacer, buen escudero? dijo Agenor.

—Volverme, montado en mi infatigable corcel; pues segun las órdenes de mi ama, debo hallarme en su presencia dentro de doce dias y no puedo perder tiempo. Verdad es que no estoy muy léjos, pues segun dicen se corta camino por Poitiers.

—Es cierto... Hasta la vista, Gil Perez, adios, buen Hafiz; qué diablo! Si antes has rehusado la gratificación de un superior, no harás lo mismo ahora con el regalo de un amigo.

Y Agenor se quitó del cuello su cadena de oro, que valia cien libras, y la puso en el de Gil Perez.

Una sonrisa infernal iluminó de repente el atezado rostro de Hafiz.

Gil Perez aceptó respetuoso el presente, besó la mano de Agenor y partió.

Hafiz marchaba detrás, como atraído por el brillo del oro que se movia sobre las anchas espaldas de su amo el escudero.

La vuelta.

Mauleon hizo al punto todos los preparativos de viaje.

Nunca habia estado tan alegre. El porvenir le ofrecia una union indisoluble con su querida; la seguridad de su amor... Aïsa, rica, bella y apasionada, se le presentaba como uno de esos sueños que Dios concede á los hombres para hacerle conocer que hay alguna cosa fuera de la vida terrestre.

Muzaron participaba del entusiasmo de su señor.

Habitar una casa principal, por ejemplo en el rico país de Gascuña, donde la tierra alimenta al holgazán, enriquece al laborioso, y se convierte en un paraíso para el rico, mandar á siervos y criados, criar ganados; poseer buenos caballos, disponer partidas de caza: tales eran las dulces visiones que asaltaban de tropel la imaginación viva del buen escudero de Agenor.

Ya pensaba Mauleon que durante un año no podría ocuparse en la guerra, pues Aïssa robaría toda su atención, porque tanto á ella como á sí mismo debía por lo menos un año de dulce descanso en recompensa de tantas horas dolorosas como había pasado.

Mauleon aguardó con impaciencia la vuelta del señor de Laval.

Este caballero había recolectado por su parte sumas considerables

entre muchos nobles bretones, para contribuir al rescate del condestable. Los agentes del Rey y del duque de Bretaña hicieron la cuenta general y resultó que podia contarse con la mitad de los setenta mil florines.

Para Mauleon era ya bastante, pues esperaba que el Rey de Francia completaria la suma, (y ademas conocia bastante al príncipe de Gales y creia que con entregar la mitad del rescate, los ingleses dejarian al condestable en libertad, si su política no les aconsejaba retenerlo, no ostante el pago íntegro de la suma.

Mas para satisfacer los escrúpulos de su conciencia, Mauleon recorrió lo restante de Bretaña con el estandarte real, escitando los sentimientos generosos del pueblo breton.

Siempre que entraba en algun pueblo, hacia que sus agentes gritasen:

— «El buen condestable ha caido prisionero de los ingleses: bretones,

¿quereis que permanezca cautivo?»

En tales circunstancias, aquellos bretones tan piadosos, tan valientes, melancólicos, espresaban el mismo pesar é indignacion, y los pobres se decian unos á otros:

«Manos á la obra; acortemos aunque sea nuestra pobre racion de trigo negro, y reunamos algo para el rescate del señor Beltran Duguesclin.»

De esta suerte, Agenor reunió otros seis mil florines, que entregó á los hombres de armas del señor de Laval, y á los vasallos de Mad. Típhaine Raguene! , á cuya casa volvió para despedirse, antes de ausentarse definitivamente.

Pero entonces le asaltó un nuevo escrúpulo: debia ir á reunirse con su querida; mas su mision de embajador no estaba terminada. Agenor, que habia prometido á doña María no volver á España, debia sin embargo llevar á Beltran Duguesclin

el dinero que habia reunido en Bretaña; dinero precioso, cuya llegada debia sin duda interesar mucho al cautivo del príncipe de Gáles.

Agenor luchando entre estos dos deberes permaneció indeciso mucho tiempo. El juramento que habia hecho á doña Maria era cosa sagrada; pero tambien eran sagrados para él el afecto y respeto que profesaba al condestable.

El jóven confió sus inquietudes á Muzaron.

—Nada hay mas fácil, dijo el ingenioso escudero, pedid á Mad. Tiphaine doce vasallos armados para escoltar el dinero; el señor de Laval contribuirá tambien con cuatro lanzas, y el Rey de Navarra dará, como no le cueste nada, doce hombres de armas. Con esta escolta, que mandareis en persona hasta la frontera, el dinero irá seguro. Cuando lleguemos á Rianzares, escribid al príncipe de Gáles para que os re-

mita un salvo conducto, y de este modo el dinero llegará sin contratiempos al condestable.

—Pero yo. . ¿cómo justificaré mi ausencia?

—Pretestando el cumplimiento de un voto.

—Seria una mentira.

—No mentiriais, puesto que habeis jurado á doña Maria... Además, aunque tuviéseis que mentir, bien lo merece la felicidad que os espera.

—Muzaron!

—Eh! señor, no seais tan escrupuloso, y mas cuando vais á casa-ros con una sarracena.. Creo que este es tambien un pecado mortal

—Es cierto, dijo Mauleon suspirando.

—Además, continuó Muzaron, el señor condestable seria muy exigente si quisiese que vos en persona le lleváseis el dinero... Creedme, conozco bien á los hombres, el brillo de los florines le hará olvidar á

quien se los ha buscado... Por otra parte, cuando llegue el condestable á Francia si quiere vernos, podrá hacerlo, pues no creo que penseis enterraros en vida

Agenor cedió como siempre. Pero debemos confesar que Muzaron tenia razon. El señor de Laval suministró algunos hombres de armas. Madama Tiphaine Ragueneel armó veinte vasallos, el senescal del Maine facilitó doce hombres de armas á nombre del Rey; y uniendo ademas Agenor á esta escolta á uno de los hermanos menores de Duguesclin, salió á largas jornadas para la frontera, deseando adelantar dos ó tres dias por lo menos la cita prefijada por doña Maria de Padilla.

El viaje fue una marcha triunfal para los treinta y seis mil florines de oro destinados á rescatar al condestable. Los pocos bandoleros que habian quedado en Francia

despues de la marcha de las compañías no tenian la fuerza y audacia suficiente para devorar aquella presa, por mucho que la codiciasen; asi es, que al ver pasar el convoy por delante de sus guaridas prefirieron prorumpir en aclamaciones caballerescos, bendecir el nombre del glorioso prisionero, y afectar grande respeto hácia él y los suyos, antes que mostrarse irreverentes y dejar sus huesos en el campo de batalla.

Mauleon dirijió con tanta habilidad la marcha, que llegó en efecto el dia 4 del mes á Rianzares, pequeña aldea destruida hace mucho tiempo, pero que entonces tenia grande consideracion por ser uno de los lugares de tránsito mas concurridos entre España y Francia.

Bianzares.

En esta aldea, situada en la vertiente de una colina, Agenor eligió una habitacion desde donde podia dominar fácilmente el camino blanco y tortuoso abierto á pico en la roca.

La escolta descansaba de las fatigas de la marcha.

Muzaron habia redactado en estilo brillante, una carta al condes-

table y otra al príncipe de Gales, avisándoles de la llegada de los florines oro.

Un hombre de armas, escoltado por un escudero breton, elegido entre los vasallos de Mad. Tiphaine, habia sido enviado á Burgos, donde, segun se decia, estaba en aquellos momentos el príncipe, á causa de los nuevos rumores de guerra que circulaban por el pais.

Cada dia hacia Mauleon nuevos cálculos sobre el viage de Gil Perez y de Hafiz, con el profundo conocimiento que tenia de las localidades.

Segun estos cálculos, los dos mensajeros debian haber cruzado la frontera hacia ya quince dias por lo menos.

En estos quince dias habrian tenido tiempo para ver á doña Maria, quien ya habria podido preparar la fuga de Zoraida. Una buena mula anda veinte leguas al dia;

cinco ó seis dias bastaban pues á la bella mora para llegar á Rianzares.

Mauleon tomó discretamente algunos informes sobre el paso del escudero Gil Perez. No parecia difícil en efecto que ambos viajeros hubiesen pasado el desfiladero en Rianzares, pues era un parage seguro y conocido.

Pero los montañeses les respondieron que en la época á que se referia, solo habian visto pasar á un caballero moro, jóven, y de aspecto feroz.

—Un moro jóven?

—De veinte años cuando mas, respondió el campesino.

—Iba vestido de encarnado?

—Sí, señor y con turbante morisco.

—¿Iba armado?

—Sí, con un ancho puñal, pendiente del arzon de la silla con un cordon de seda.

—Y dices que pasó solo por Rianzares?

—Absolutamente solo.

—Sin decir nada?

—Pronunció algunas palabras en español y de prisa, preguntando si el paso de la roca seria practicable para los caballos, y si podria vadearse el arroyo, y habiéndole respondido que sí, metió espuelas á su caballo negro y desapareció.

—¿Solo?... Es muy extraño! dijo Mauleon.

—Hum! murmuró Muzaron, solo!...

—Habrá querido Gil Perez entrar por otro punto de la frontera para despertar menos sospechas? Qué te parece Muzaron?

—Creo que Hafiz tenia muy mala cara.

—Y quien sabe, observó pensativo Mauleon, si habrá sido realmente Hafiz el que ha pasado por Rianzares?

—En efecto , mas vale creer lo contrario.

—Ademas , he notado , añadió Mauleon , que el hombre que se halla á corta distancia de su felicidad desconfia de todo , y en cualquiera cosa encuentra un obstáculo.

—Ah ! decís bien , señor : vuestra felicidad no está lejos , pues si no me engaño , hoy es cuando debe llegar doña Aïssa... Bueno seria que rondásemos toda la noche á orillas del rio.

—Si , pues no quisiera que nuestros compañeros la viesén llegar , pues temo que su fuga produzca mal efecto en el ánimo de esos hombres timoratos. Los amores de un cristiano con una mora bastarian para infundir desaliento en los mas intrépidos , y me atribuirian las desgracias ocurridas como un castigo del cielo. Pero á pesar mio , no puedo olvidar la semejanza que tie-

ne con Hafiz ese moro solo, vestido de encarnado y con el puñal colgado de la silla.

—Esperemos algunos momentos, algunas horas, ó cuando mas algunos dias, y sabremos á que atennos, respondió el pausado Muzaron. Hasta entonces, señor, podemos vivir alegres, si os parece, pues aun no tenemos un motivo formal de tristeza.

Esto era en efecto lo que mas convenia á Agenor. Resolvióse pues, á estar alegre y á esperar.

Mas pasó el primer dia, que era el sétimo del mes, y solo pisaban el camino algunos traficantes de lana, y algunos soldados heridos, ó caballeros que, fugitivos de Navarrete y arruinados, y haciendo cortas jornadas á pie y con grandes rodeos, volvian á su patria despues de mil angustias y privaciones.

Agenor supo por estos infelices

que la guerra se encendia de nuevo en varios puntos, que la tiranía de don Pedro, sostenida por la de Mothril, era ya insoportable en las Castillas, y que los emisarios del pretendiente vencido en Navarrete recorrían las poblaciones escitando los ánimos de todos contra los abusos del poder restablecido.

Estos fugitivos aseguraron que habían visto organizados muchos cuerpos con la esperanza de la próxima vuelta de Enrique de Trastámara, y añadieron que varios de sus compañeros habían visto cartas de este príncipe, en las cuales prometía volver sin tardanza con un cuerpo de ejército reclutado en Francia.

Todos estos rumores de guerra inflamaban el espíritu belicoso de Agenor, y como Aïssa no llegaba, el amor no podía calmar en él la fiebre que produce siempre en los

jóvenes el choque de las armas, Muzaron sentia desvanecerse tambien sus esperanzas: fruncia el entrecejo con mas frecuencia que antes, y continuamente hablaba de Hafiz, á quien atribuia con obstinado empeño como á un genio malhechor la tardanza de Aïssa, y tal vez otras cosas peores, añadia cuando llegaba al colmo su desesperacion.

En cuanto á Mauleon, semejante á un cuerpo que busca á su alma, erraba incesantemente por el camino, con el cual estaba tan familiarizado, que conocia á punto fijo la situacion de cada mata, de cada piedra, de cada sombra, y distinguia á dos leguas de distancia el paso de una mula.

Pero Aïssa no llegaba; nadie venia por la parte de España.

Al contrario, de Francia, y por intervalos que parecian medidos con la aguja de un reloj, llegaban partidas de gente armada,

que tomaban posicion en las cercanías , y parecia que solo aguardaban una señal para entrar simultáneamente.

Los gefes de estas fuerzas conferenciaban á la llegada de cada partida , y cambiaban en breves momentos una palabra de órden y varias instrucciones que al parecer les satisfacian , pues sin mas precauciones los hombres que formaban las diferentes fuerzas , aunque eran de distintos paises , vivian en la mas perfecta inteligencia.

El dia en que Mauleon , menos ocupado de Aïssa , quiso informarse mas á fondo sobre el objeto de esta llegada de hombres y caballos , supo que estas tropas aguardaban únicamente un gefe y nuevos refuerzos para entrar en España.

—Y cuál es el nombre de ese gefe ? preguntó Agenor.

—Lo ignoramos , pero nos lo dirá él mismo cuando se presente.

—De modo que todos van á entrar en España menos yo. Oh ! mi juramento , mi juramento !

—Bah ! repuso Muzaron ; sin duda que el dolor os hace perder la cabeza. El juramento no es válido si doña Aïssa no llega ; y puesto que no llega , debemos ir adelante...

—Aun no es tiempo ; Muzaron : conservo algunas esperanzas , y no las perderé mientras dure mi amor.

—Quisiera hablar , aunque solo fuese media hora , con ese negruzco Hafiz , murmuraba Muzaron. Quisiera..... mirarlo y contemplarlo con detencion.

—Y qué puede Hafiz contra la voluntad enérgica de doña Maria ? A ella es á quien debemos acusar , Muzaron , á ella... ó mas bien á mi mala fortuna !

Pasaron ocho dias mas y nadie llegaba de España. Agenor no cabia en sí de impaciencia , y Muzaron

de cólera.

Al cabo de estos ocho dias se habian reunido en la frontera cinco mil hombres armados.

Varios carros cargados de víveres, y otros de dinero segun se decia, se habian rennido á dichas fuerzas. Los hombres del señor de Laval y los bretones de Tiphaine Ragueneel esperaban tambien con igual impaciencia la vuelta de su mensajero, para saber si el príncipe de Gales consentia en la libertad del condestable.

Al fin llegó el mensajero, y Agenor salió á recibirle hasta la orilla del rio.

El hombre de armas habia visto al condestable, le habia abrazado, habia sido muy obsequiado por el príncipe inglés, y habia recibido un magnifico regalo de la princesa de Gales, quien se dignó decirle que esperaba al bravo caballero de Mauleon para recompen-

sar su celo , y que la virtud honraba á todos los hombres de cualquiera nacion que fuesen.

El mensajero añadia que el príncipe habia aceptado los treinta y seis mil florines á cuenta del total , y que la princesa viendo su indecision , habia dicho:

—Señor ; quiero que el condestable me deba la libertad , puesto que me causa tanta admiracion como á sus compatriotas. Los naturales de la Gran Bretaña somos algo afectos á los bretones , y asi pagaré treinta mil florines de oro por el rescate del señor Beltran.

Resultaba ; pues que el condestable iba á ser puesto en libertad, ó que acaso estaria ya libre , aun antes de pagar todo el rescate.

Estas noticias hicieron saltar de alegría á los bretones que habian escoltado el dinero , y como la alegría es mas contagiosa que el dolor , todas las tropas reunidas en

Rianzares, al saber el éxito de la embajada, prorumpieron en un grito general de eclamacion que hizo estremecer la viejas rocas de las montañas.

—Entremos en España, gritaron los bretones, y traigamos á nuestro condestable.

—Es preciso, dijo Muzaron por lo bajo á Mauleon... Ya no hay Aïssa, ni juramentos; el tiempo es precioso, señor; ; qué diablo! Marchemos.

Agenor, cediendo á su ardiente inquietud, respondió:

—Marchemos.

La pequeña tropa; acompañada de los votos y bendiciones de todos, pasó el desfiladero nueve días despues del plazo fijado por doña Maria de Padilla para la llegada de la mora.

—Tal vez la hallaremos en el camino. dijo Muzaron para acabar de decidir á su amo.

Nosotros que vamos á precederlos á la corte del Rey don Pedro, acaso descubriremos y podremos revelar al lector la causa de este retraso de mal agüero.

Gil Perez.

Con viva impaciencia contaba doña Maria los dias y las horas, presintiendo al ver la perseverante quietud del moro, alguna desgracia para ella y para Aïssa.

Mothril no era hombre que se durmiese así: jamas habia sabido disimular su sed de venganza, que no tuviesen de ella conocimiento sus enemigos con quince dias de an-

ticipacion.

Las ocupaciones que al parecer le tenían enteramente ocupado eran las de dar fiestas al Rey, hacer ingresar mucho oro en las arcas de don Pedro, hacer entrar á los árabes, como auxiliares en España, y por último, reunir en las sienes de su señor las dos coronas prometidas.

Olvidábase al parecer de Aïssa, no la veía más que de noche, y casi siempre acompañada de don Pedro, que solia hacer á menudo á la jóven mora los mas raros y magníficos dones.

Advertida Aïssa por el amor que tenia á Mauleon y por la amistad que sentia hácia doña María, aceptaba los presentes, si bien para despreciarlos despues: y mostrándose con igual frialdad hácia el príncipe, por mas que conociese cuanto debia exasperar sus ardientes deseos, buscaba solo con tal leal conducta un motivo plausible para hacerse digna

de las miradas de gratitud que doña María le dirigia cuando la encontraba.

Cuando esto sucedia, la mirada de la Padilla queria decirle:

—Espera!... el plan que hemos concebido va madurando cada día: mi mensajero no debe tardar, y con él vendrán para tí amorosas nuevas de tu gentil caballero y la libertad, sin la cual el amor es una mentira.

Por fin, llegó el día deseado.

Era una de esas mañanas del estío, tan encantadoras bajo el hermoso cielo de España: el rocío temblaba en las ojas de los floridos cuarterones del terraplen que daba á la habitacion de Aïssa, cuando doña María vió entrar en su cuarto á la anciana que ya conocemos.

—Señora, le dijo, tras un largo suspiro.

—Qué hay de nuevo?

—Señora, Hafiz está ahí.

—Hafiz!... ¿Quién es Hafiz?

—El compañero de Gil Perez, señora.

—Cómo! ¿Está Hafiz, y no Gil Perez?

—Sí señora, Hafiz, y no Gil Perez!

—Dios mio!... Que entre... Dime, ¿sabes alguna otra cosa?

—No señora, Hafiz no ha querido decirme nada, y yo no puedo menos de llorar, porque el silencio de Hafiz es mas cruel que todas las siniestras palabras del mundo.

—Vaya, consuélate, dijo doña María estremeciéndose, consuélate, eso no será nada, alguna pequeña demora, nada mas

—Y cómo no se ha demorado Hafiz?

—Justamente la pronta vuelta de Hafiz es lo que mas me tranquiliza; de seguro Gil Perez no hubiera podido conservarlo á su lado, sabiendo cuán inquieta debia yo estar:

cuando lo manda, deben ser buenas las noticias que trae.

La vieja era difícil de consolar; ademas que no habia mucha verosimilitud en los prematuros consuelos de su señora.

Hafiz entró. Su semblante estaba sereno, y su actitud humilde como de ordinario.

Sus ojos espresaban el respeto, como los ojos de los gatos y de los tigres, que dilatándose en presencia de las personas que les temen, se encojen y medio cierran cuando se les mira con cierto enojo ó voluntad dominadora.

—Cómo asi solo! exclamó doña María.

—Solo, señora, repuso tímidamente Hafiz.

—Y Gil Perez?

—Gil Perez... señora... respondió el moro mirando en torno suyo... Gil Perez ha muerto!

—Muerto!... exclamó doña María

juntando las manos: ¡muerto! pobre moro!... ¿será posible?

—Señora, le acometió una fiebre en el camino.

—A él que era tan robusto!

—En efecto, muy robusto era; pero... la voluntad de Dios es mas fuerte que el hombre, replicó Hafiz con aire sentencioso.

—Una fiebre!... ¡Oh! ¿Y por qué no me ha avisado?

—Señora, dijo Hafiz, caminábamos los dos por la Gascuña, cuando al llegar á un desfiladero nos vimos atacados por montañeses, á quienes habia atraído el sonido del oro.

—El sonido del oro! Imprudentes!...

—El caballero francés nos habia dado oro... estaba tan alegre... Gil Perez creyó que iba solo conmigo por esas montañas y tuvo el capricho de contar nuestro tesoro: entonces se vió herido repentinamente por una flecha, y se nos echaron encima

muchos hombres armados. Gil Perez era valiente como él mismo, y tratamos de defendernos.

—Dios mio!

—Ya ibamos á sucumbir, porque á Gil Perez le corria la sangre en abundancia...

—Pobre Gil Perez... Y tú?

—Yo tambien señora, dijo Hafiz, remangando lentamente su tabardo y mostrándola en el brazo un gran surco sangriento como de un puñal. Como estábamos heridos, nos quitaron el dinero que llevábamos y en seguida huyeron:

—Y despues, Dios mio !...

—Despues, señora, á Gil Perez le acometió una fiebre que le puso á las puertas de la muerte...

—Y no te dijo nada?

—Sí, señora: cuando sus párpados le caian ya sobre sus ojos turbados; Toma, me dijo, tú que te puedes librar, sé fiel como yo

lo he sido ; corre junto á nuestra ama , y pon en sus manos este depósito que el caballero francés me ha confiado. Hé aquí el depósito.

Hafiz sacó de su pecho una cartera de seda cosida á puñaladas y empapada en sangre.

Doña Maria trémula y convulsa , cogió el pergamino y lo examinó poseida de terror.

—Esta carta ha sido abierta ! exclamó.

—Abierta !... repuso el moro con ojos espantados.

—Sí, el sello está roto.

—Nada sé, señora, dijo Hafiz.

—¿ La has abierto tú?

—Yo !... señora !... Si no sé leer !...

—Entonces algun otro !...

—No señora ; miradla bien ; esa abertura que hay junto al sello , es la flecha del montañés que traspas-

só de parte á parte el pergaminó...

—Es verdad! es verdad! dijo doña Maria, aunque sin deponer toda su desconfianza.

—Y la sangre del pobre Gil Perez bien se vé al rededor de la rotura!

—Es cierto!.... Pobre Gil Perez!

Y fijando por última vez la jóven sus miradas en el moro, encontró su fisonomia tan tranquila tan estúpida y tan completamente muda, que no pudo conservar la menor sospecha.

—Cuéntame hasta el fin, dijo doña Maria.

—El fin es, que apenas me entregó la carta Gil Perez espiró: entonces eché á andar, segun me lo habia mandado, y pobre y hambriento como estaba, no he parado hasta traeros el mensaje.

—Cuenta con que serás bien re-

compensado, hijo mio, dijo doña Maria enterneciéndose hasta el punto de llorar; sí, tú no saldrás de mi lado, y si eres fiel... si eres discreto...

Una especie de relámpago iluminó de pronto la frente del moro...

Entonces doña Maria leyó la carta cuyo contenido saben ya nuestros lectores comparó las fechas, y exclamó dejándose llevar de la impetuosidad natural de su carácter:

—¡Vamos, manos á la obra!

Y alargó al mensajero un puñado de oro, diciéndole:

—Vete á descansar, buen Hariz, y está dispuesto para dentro de pocos dias, pues tendré que valerme de tí.

El moro partió radiante de júbilo: llegaba al umbral de la puerta, llevándose consigo una buena dosis de dinero y otra mayor de

alegría, cuando las lágrimas y gemidos de la vieja se dejaron sentir con mas fuerza. Acababa de saber la fatal noticia.

De la mision que tenia Hafiz , y de como la habia llenado.

La víspera del dia en que Hafiz vino á traer á doña Maria la carta de Francia se acercó un pastor á las puertas de la ciudad diciendo, que tenia que hablar al señor Mothril.

Ocupado este en recitar sus oraciones en la mezquita , lo habia

dejado todo por acudir á la cita de este mensajero , que probablemente no debia ser el nuncio de ningun alto y poderoso embajador.

No bien salió Mothril de la ciudad , acompañado de su correspondiente guia , divisó un caballo andaluz, no de mucha alzada , el cual se entretenia en mordisquear los ásperos arbustos que por allí habia, mientras que el moro Hafiz tendido en el suelo, acechaba con sus ojos saltones cuanto salia de la ciudad.

El pastor, pagado por Mothril, corrió alegremente á reunirse con sus escuálidas cabras. Mothril dejando á un lado toda etiqueta , y como si no fuese el primer ministro de la corona , se sentó llanamente junto al sombrío moro.

—Dios sea contigo , ¿ Con que ya estás de vuelta.

—Sí, señor.

—Y has dejado á tu compañero

bastante léjos , para que no sospeche nada?

—Muy lejos, señor, y de seguro no sospecha nada.

Mothril conocia á su mensajero... sabia la necesidad del eufemismo, comun á todos los árabes, para quienes es un punto capital evitar todo lo posible pronunciar la palabra : *muerte*.

—Tienes la carta ? le dijo.

—Sí, señor.

—Cómo la has adquirido?

—Si se la hubiera pedido á Gil Perez, me la hubiese negado. Si hubiera tratado de quitársela á la fuerza, me hubiera batido y muerto sin duda, pues era aun mas fuerte que yo.

—Con que te has valido de la astucia?

—Aguardé que llegásemos al centro de la montaña que sirve de frontera entre España y Francia. Los caballos estaban muy cansados,

Gil Perez les concedió un rato de reposo; y él mismo se quedó dormido sobre el musgo al pie de un gran peñasco.

Yo elegí este momento, y dejándome caer de improviso sobre Gil Perez, le di una puñalada en el pecho: estendió los brazos dando un grito sordo, y pronto se encontró con las manos empapadas en sangre.

Pero desgraciadamente no habia quedado muerto. Habiendo logrado desenvainar su puñal, me hirió con él en el brazo izquierdo; pero entonces le atravesé el corazon y espiró.

La carta la traia en el jubon, de donde la saqué, y caminando toda la noche, siguiendo la direccion del viento con mi cabalgadura, dejé el cadáver y el otro caballo para que sirvieran de alimento á los lobos y aves de rapiña. Atravesé la frontera, y continué mi

camino sin tropiezo ni embarazo alguno; hé aquí la carta que os he prometido.

Abd el-Methríl cogió el pergamino, cuyo sello estaba intacto, pero que sin embargo habia sido taladrado de parte á parte por el puñal de Hafiz sobre el corazon de Gil Perez.

Con una flecha que tomó del carcax de un centinela abrió el sello de tal modo que se rompió enteramente la seda, y recorrió con avidez la carta.

—Muy bien, dijo, concurrirémos todos á esta cita.

Y se puso á meditar, mientras que Hafiz aguardaba su resolución.

—Qué quereis que haga, señor?

—Monta de nuevo en tu caballo y recoge la carta; desde la hora del alba comenzarás á llamar á la puerta de Doña Maria. La dirás que los montañeses han atacado á Gil Perez y que le han herido con fle-

chas y puñales, y que al morir te entregó esa carta, y... nada mas.

—Muy bien, señor.

—Anda, corre toda la noche; que tus vestidos estén mojados del rocío de la mañana, y tu caballo brotando sudor, como si acabases de llegar. Y luego, espera mis órdenes, y en ocho dias no te acerques á mi casa.

—Estará satisfecho de mi el propietario?

—Si, Hafiz.

—Gracias, señor.

Hé aquí como había sido abierta la carta: hé aquí cual era la terrible tempestad que amenazaba á la cabeza de doña Maria.

Sin embargo, Mothril no se contentó con lo que habia hecho. No bien amaneció, se puso su mas ostentoso trage, y fue á ver al Rey don Pedro.

Al entrar el moro en la habi-

tacion del Rey halló á este príncipe sentado en un ancho sillón de terciopelo jugando maquinalmente con las orejas de un lobezero que se habia empeñado en domesticar.

A su izquierda en otro sillón igual, estaba sentada doña Maria, con el semblante pálido y como irritada. En efecto, desde que estaba allí, tan cerca de don Pedro, ocupado sin duda el príncipe en otros pensamientos, no le habia dirigido la palabra.

Doña Maria, orgullosa y altiva como todas las mugeres de su país, devoraba esta afrenta con impaciencia. Ella no hablaba tampoco, y como no tenia lobezero que acariciar, contentábase con ir amontonando en su corazón desconfianzas sobre desconfianzas, cóleras sobre cóleras, proyectos sobre proyectos.

La entrada de Mothril fue para doña Maria un motivo de salir con estrépito.

—Os vais, señora? dijo don Pedro inquieto á pesar suyo, al advertir esa furiosa salida que habia provocado con la mala acogida dispensada á su favorita.

—Sí, me marchó; quiero economizaros los cumplimientos de que sin duda estais haciendo provision para obsequiar al moro Mothríl.

Mothríl oyó la terrible indirecta, pero no se dió por ofendido. Si doña Maria hubiese estado menos colérica, hubiera adivinado que la calma del moro nacia de alguna seguridad íntima de un triunfo no muy lejano.

Pero la cólera no calcula, consigo misma lleva toda clase de satisfacciones. Realmente es una passion; y el que padece sus afectos, encuentra en ella un placer.

—Señor, dijo Mothríl, afectando un dolor profundo, veo con sentimiento que mi Rey no es feliz.

—No, replicó don Pedro suspirando.

—Tenemos mucho oro, añadió Mothril. Córdoba ha contribuido.

—Tanto mejor, dijo el Rey con indiferencia.

—Sevilla arma doce mil hombres, prosiguió Mothril, ganamos dos provincias.

—Ah! dijo el Rey en el mismo tono.

—Si el usurpador vuelve á España, me parece que en menos de ocho dias le cojo y le mato en un castillo.

Jamas este nombre habia dejado de escitar en el Rey una violenta tempestad; esta vez don Pedro se contentó con decir sin enfurecerse:

—Que venga! tú tienes oro y soldados, le cogeremos, le mandaremos procesar, y en seguida se le corta la cabeza.

En este momento Mothril se

acercó al Rey.

— Sí, mi Rey es muy desgraciado, continuó.

— Y por qué, amigo mio?

— Porque el oro no te embelesa, porque el poder te disgusta, porque no comprendes la dulzura de la venganza, porque, en fin, no tienes ya para tu querida ni una sola mirada de amor.

— Sin duda no la amo ya, Mothril, y á causa de este vacío que siento en mi corazon, nada me parece digno de mi ambicion.

— Cuando ese corazon parece hallarse tan vacío, es porque está lleno de deseos: tú bien sabes, buen Rey, que los deseos son como el aire que se encierra en los hodie.

— Ya lo sé, sí... Mi corazon está lleno de deseos.

— Entonces debes amar?..

— Sí, creo que amo.

— Amas á Aïssa, á la hija de un monarca poderoso... ¡Oh te compa-

dezo, y te envidio á un mismo tiempo, porque puedes ser muy feliz ó muy digno de compasion, señor.

—Cierto, Mothrill, yo soy muy digno de lástima.

—¿Quiéres decir que ella no te ama?

—No, ella no me ama.

—¿Crees, señor, que esa sangre pura, como la de una diosa, se encuentre combatida por las pasiones á que cederia una muger comun? Aïssa no sirve ciertamente para el harem de un príncipe voluptuoso: Aïssa es una Reina, y no se sonreirá sino hallándose sentada en un trono. Hay flores, Rey mio, que no abren su capullo mas que en la cumbre de las montañas.

—¡Un trono... casarme yo... con Aïssa!.... Mothrill ¿qué dirian los cristianos?

—Y quién te dice, señor, que amándote Aïssa; si llegases á ser su

esposo, no te haria gustosa el sacrificio de su Dios despues de haberte entregado su corazon?

Un suspiro casi voluptuoso se escapó del pecho del Rey.

—¡Me amaré!...

—Te amaré, sí.

—No, Mothril.

—Pues bien, señor, abandónate al dolor, ya que no eres digno de ser feliz, puesto que pierdes las esperanza antes de haber empleado los medios para obtener el fin.

—Aïssa huye de mi.

—Yo creia que los cristianos eran mas industriosos para adivinar á las mugeres. Entre nosotros, las pasiones se concentran y disimulan al parecer, bajo la grosera capa de la esclavitud; pero nuestra mugeres, que tanta libertad tienen de decirlo todo, y por consiguiente de ocultarlo todo, nos hacen mas sagaces para leer en el fondo de sus corazones. ¿Cómo quieres, que la altiva Aïssa

ame ostensiblemente, á aquel que va á todas partes acompañado de una muger, rival de todas las mugeres que puedan amar á don Pedro?

—¿Tiene celos Aïssa?

El moro contestó con una sonrisa, añadiendo en seguida:

—Entre nosotros, la cándida tortolilla tiene celos de su compañera, y la terrible pantera se abalanza con dientes y uñas á la pantera, delante del tigre que va á elegir entre una y otra.

—!Ah Mothril, yo amo á Aïssa!

—Cásate con ella.

—¿Y doña María?

—¡Pues qué, el hombre que ha mandado asesinar á su esposa por no desagradar á su querida, vacila en despedir á una muger á quien ya no ama, cuando por este medio puede conquistar cinco millones de súbditos, y un amor mas precioso que el mundo entero?...

—Tienes razon, pero doña María

morría de dolor.

El moro se sonrió de nuevo.

—¿Qué, te ama tanto?

—¡Si me ama!... ¿puedes dudarlo?

—Sí, señor.

Don Pedro se quedó pálido.

—Todavía la ama, pensó Mothril; no despertemos sus celos, porque la preferiría á todas las demas.

—Lo dudo, repuso en alta voz, no porque ella te sea infiel, que eso no lo creo yo, sino porque viéndose menos amada, persiste en vivir á tu lado.

—Pues yo llamaré á eso amor, Mothril.

—Yo, á ese sentimiento no le llamo mas que ambicion.

—Echarias tú á doña María?

—En cambio de Aïssa sí.

—¡Oh! no... no!

—Sufre entonces...

—Yo creia, dijo don Pedro clavando en el moro una ardiente mirada, que aunque vieses tú sufrir á tu Rey,

no tendrias bastante valor para decirle: ¡Sufre!... Yo creia que por el contrario, te apresurarias á decirle: Yo te aliviaré, señor mio.

—¡A costa del honor de un gran Rey de mi pais, no: antes la muerte!

Don Pedro quedó abismado en una meditacion sombría.

—¡Yo moriré... exclamó, porque amo á esa joven muger, ó mas bien... no... no moriré.

Mothril conocia bastante al Rey, y sabia que para aquel hombre indomable no habia barrera capaz de contener el ímpetu de sus pasiones.

—¡Pudiera valerse de la violencia, pensó el moro: tratemos de impedir este resultado.

—Señor, dijo Mothril, Aïssa tiene un alma candorosa, y creeria en los juramentos... Si vos le juráseis desposaros con ella despues de haber dejado formalmente á do-

ña María, creo que Aïssa confiaría su destino á vuestro amor.

—¿Me lo aseguras tú?

—Os lo aseguro.

—Pues bien! exclamó don Pedro, romperé con doña María, y le dejaré un millon de escudos. En el pais que ella escogiere para su residencia, no habrá princesa mas rica ni mas respetada.

—¡Muy bien; así corresponde obrar á un príncipe magnánimo! Pero ¿supongo que ese pais será fuera de España?

—Es eso necesario?

—Aïssa no podrá considerarse segura, en tanto que el mar no separe como una muralla inespugnable vuestro antiguo amor del amor nuevo.

—Pues bien, Mothril, pondremos la mar entre Aïssa y doña María.

—Muy bien, señor.

—Pero yo soy el Rey, y tú de-

Des saber que yo no recibo condiciones de nadie.

—Eso es muy justo.

—Es menester por consiguiente, que el convenio, semejante á los que hacen los judíos, se celebre entre nosotros, sin comprometerse nadie desde luego sino tú.

—¿Cómo es eso?

—Será menester que se me entregue Aïssa como un rehen.

—¿Nada mas que eso? exclamó Ab-del-Mothril con ironía.

—Insensato! no conoces que el amor me quema, y que no puedo pararme en nimiedades que dan risa, como si el leon tuviese escrúpulos cuando está hambriento? no ves que si me regateas á Aïssa, la tomaré por mi mano?... que si me muestras tus ojos irritados te mandaré prender y ahorcar en seguida, y que no habrá caballero cristiano que deje de mirar con satisfaccion tu cuerpo en el patíbulo

y que no haga la corte á mi nueva favorita?

—Cierto, pensó Mothril; pero, y doña Maria, señor?

—Tenga yo hambre de amor, y doña Maria sabrá por qué ha muerto doña Blanca de Borbon.

—Vuestra cólera es terrible, señor, replicó humildemente Mothril; muy loco dede ser el que no doblegue la rodilla en vuestra presencia.

—Me entregarás á Aïssa?

—Si me lo mandais, sí señor; pero sabed, que si no seguís mis consejos, si no os deshaceis de doña Maria, si no aniquilais á sus amigos, que son vuestros enemigos mas encarnizados, sino desvanecéis en fin todos los escrúpulos de Aïssa, en vano tratareis de posesionaros del corazon de esta muger, porque ella preferirá matarse!

Estremeciósse el Rey y quedó silencioso y pensativo.

—¿Qué quieres que me haga? exclamó.

—Quisiera que esperáseis ocho dias... No me interrumpais... entonces dejad que doña Maria os trate con rigor... Aïssa saldrá para un castillo real, sin que nadie tenga conocimiento de su salida, ni pueda adivinar el destino de su viaje; convencereis á esta jóven y será vuestra... os amaré.

—Y doña Maria?

—Aturdida en el momento, cuando despierte se encontrará vencida. Dejadla que llore y se irrite; cambiar la manceba por una amante, es delito que jamas os podrá perdonar doña Maria.

—Si, no hay duda, es muy activa. ¿Y tú crees que Aïssa convendrá?...

—No solo lo creo, sino que lo sé.

—Ese dia Mothril, pídemela mitad de mi reyno, te la doy.

—Jamás pudierais recompensar

con mas justicia tan leales servicios!

—¿Con que dentro de ocho dias?

—Al anocheer del último dia, saldrá Aïssa de la ciudad escoltada por un moro : yo cuidaré de su conduccion, señor.

—Anda Mothril.

—Hasta entonces, cuidado con despertar las sospechas de doña Maria.

—Nada temas. Yo que he ocultado mi amor y mi amargura ; crees que no seré capaz de encubrir mi gozo?

—Debeis anunciar desde luego, señor, que quereis salir para una casa de campo.

—Asi lo haré, contestó el Rey.

De como el moro Hafiz estravió á sus compañeros de viage.

Entretanto doña Maria de Padi-lla iba estrechando cada vez mas sus relaciones con Aïssa, especialmente desde la vuelta de Hafiz.

Aunque Aïssa no sabia leer, la vista del pergamino que habia roto la mano de su amante, y sobre todó aquella cruz, genuina represen-

tacion de su voluntad leal, habian derramado el gozo en su corazon y solicitado veinte veces sus lábios que se imprimian en él ébrios de amor.

—Querida Aïssa, dijo Maria, pronto vas á partir. Dentro de ocho dias estarás lejos de aquí; pero te encontrarás mucho mas cerca del hombre á quien amas, y no creo que echés de menos este pais.

—Oh, no, no: mi vida es respirar el aire que él respira.

—Por consiguiente estareis juntos. Hafiz es un jóven prudente, muy fiel y entendido. Conoce perfectamente el camino; ademas á este moro no debes tener miedo, como tendrias á un hombre: estoy segura de que en su compañía viajarás con la mayor confianza. Es de tu pais, y hablareis los dos ese idioma que tanto aprecias.

Este cofrecillo contiene todas tus alhajas: ten entendido que en

Francia no hay ningun señor, por muy rico que sea, que tenga la mitad de lo que vas á llevar á tu amante. Por otra parte, mis beneficios acompañarán á este jóven, aunque fuese contigo hasta el fin del mundo. Una vez en Francia, no tienes nada que temer. Yo medito aqui una gran reforma. Es menester que el Rey espulse de España á los moros euemigos de nuestra religion, pretesto de que se sirven los envidiosos para mancillar la gloria de don Pedro. Cuando tú te halles ausente, pondré sin vacilar mano á la obra.

—¿Qué dia veré á Mauleon? dijo Aïssa, que no habia escuchado mas que el nombre de su amante.

—A los cinco dias de salir de esta ciudad, ya puedes estar en sus brazos.

—Yo emplearé la mitad de tiempo menos que el mas veloz ginete.

Despues de esta conversacion, doña Maria mandó llamar á Hafiz, y le preguntó si no queria volver á Francia para acompañar á la hermana de Gil Perez.

—Esa pobre muchacha, inconsolable con la muerte de su hermano, añadió doña Maria, quisiera dar sepultura cristiana á sus pobres restos.

—Muy bien, señora, dijo Hafiz; fijadme el dia de la partida.

—Mañana montarás en una mula que yo te daré. La hermana de Gil Perez llevará tambien una mula, y en otra que irá mi nodriza, que es su madre, llevará ademas algunos efectos relativos á la ceremonia que quiere ejecutar.

—Muy bien, señora: mañana partiré. ¿A qué hora?

—Por la noche, despues que se cierren las puertas, y se apaguen las luces.

No bien hubo recibido Hafiz es-

ta órden, se la transmitió á Mothril.

El moro se apresuró á ver á don Pedro.

— Señor, le dijo, estamos ya en el sétimo día: puedes salir ya para tu casa de campo.

— Eso estaba aguardando, replicó el Rey.

— Parte, pues, Rey mio, que ya es tiempo.

— Todos los preparativos están hechos, añadió don Pedro. Partiré con tanto mas gusto cuanto que el príncipe de Gales me envia á pedir mañana dinero por un heraldó.

— Y hoy el tesoro está vacío, señor; porque como tú sabes muy bien, hemes tenido que reunir la suma destinada á aplacar la furia de doña Maria.

— Bueno, basta.

Don Pedro mandó disponer todo para la marcha. Hizo que se convidáran á este viaje muchas damas de la corte, y no mencionó á doña

Maria.

Mothril acechaba el efecto de este insulto en la altiva española; pero doña Maria no se quejó.

Pasó el dia con sus doncellas tocando el laud, y haciendo cantar á sus pájaros.

A la noche, habiendo salido toda la corte, y encontrándose llena de mortal fastidio la pobre doña Maria, mandó que se le preparase una mula.

A una señal dada por Aïssa, libre ya en su habitacion, porque Mothril habia acompañado al Rey, bajó doña Maria y montó en su mula, despues de haberse cubierto con una gran capa, como las que llevaban las dueñas.

Con este equipaje fue ella misma á buscar á Aïssa por el pasadizo secreto, y como estuviese esperando, se encontró con Hafiz, que montado ya á caballo, trataba de ver aquel sitio tenebroso con

sus ojos perspicaces.

Doña Maria enseñó á los guardias su pase, y les dió el santo y seña. Las puertas se abrieron de par en par, y un cuarto de hora despues, las mulas corrian rápidamente por la llanura.

Hafiz iba delante.

Doña Maria advirtió que se separaba á la izquierda, en lugar de seguir el camino derecho.

—Yo no puedo hablarle, porque conoceria mi voz, le dijo en voz baja á su compañera, pero tú, á quien no conocerá probablemente, pregúntale por qué cambia así de direccion. Aïssa le hizo la pregunta en árabe, y Hafiz replicó con bastante sorpresa:

—Porque la izquierda es la mas corta, señora.

—Muy bien, dijo Aïssa, pero no sea que te estravíes....

—¡Oh! no señora, exclamó el sarraceno, sé bien por donde voy.

—Lo que es él, es muy leal, puedes tranquilizarte, dijo doña Maria: ademas, yo voy contigo, y solo te acompaño con el objeto de protejerte, si acaso alguna partida de aventureros te detuviese por estos contornos. Al amanecer ya tendrás andadas quince leguas, y entonces ya no tienes que temer á los soldados. Mothril vigila, pero en un rádio muy limitado, por su natural indolencia y por la pereza de su señor. Entonces te dejaré continuar tu camino, y yo, atravesando sola todo el pais, vendré á llamar á las puertas del palacio que el Rey habita. Conozco muy bien á don Pedro, llora mi ausencia, y me recibirá con los brazos abiertos.

—¿Con que ese palacio está cerca de aquí, preguntó Aïssa.

—Está distante siete leguas de la ciudad que hemos dejado, pero muy hácia la izquierda; está situado en

una montaña que veríamos allá abajo en el horizonte, si la luna se descubriese.

De repente la luna, como si hubiera querido obedecer á la voz de doña María, salió de detrás de una nube cenicienta, cuya vaporosa orla iluminó con su lumbré de plata. Entonces se difundió por los campos y los bosques una luz pura y suavísima, de suerte que los viajeros se encontraron de improviso mas alumbrados de lo que fuera menester.

Hafiz se volvió hácia sus compañeras, y miró en torno suyo; el camino entraba en una gran llanura limitada por una alta montaña, en cuya cima se elevaba un castillo azulado y circular.

— El castillo! exclamó doña María, nos hemos extraviado!

Hafiz se estremeció, figurándosele conocer aquella voz.

— ¿Te has extraviado? preguntó

Aïssa al moro.

—Ah! será posible? exclamó Hafiz con sencillez.

—No bien habia dicho estas palabras, cuando del fondo de un barranco cercado de verdes olivos y encinas espesas, salieron impetuosamente cuatro caballeros cuyos fogosos bridones subieron el derrumbadero con crines flotantes y narices hinchadas.

—¿Qué significa esto? murmuró María... ¿nos habrán descubierto?

Y se envolvió entre los pliegues de su capa, sin añadir mas palabra.

Hafiz se puso á gritar, como si tuviese miedo; pero uno de los caballeros le tapó la boca con un pañuelo, y le quitó las riendas de su mula.

Otros dos de los salteadores espolearon las mulas de las dos mugeres, de suerte que los animales tomaron un furioso galope, siguiendo la direccion del castillo.

Aïssa queria gritar y defenderse.

—¡Cállate, le dijo doña María: yendo conmigo, no tienes que temer nada de don Pedro; así como yendo yo contigo, nada tengo que temer de Mothril. Cállate!

Y los cuatro caballeros, como si condujesen un rebaño al redil, encaminaron su presa hácia el castillo.

—Parece que nos estaban aguardando, pensó doña Maria. Las puertas están abiertas, sin que se haya tocado la trompeta.

En efecto, los cuatro caballos y las tres mulas entraron con gran ruido en el patio del palacio.

Una ventana estaba iluminada, y en ella habia un hombre.

Este hombre dió un grito de alegría al ver llegar las mulas.

—Es don Pedro... ¡estaba aguardando! murmuró doña Maria, al reconocer la voz del Rey; ¿qué sig-

nifica todo esto?

Los caballeros ordenaron á las mugeres que se apeasen; y las condujeron á un salon del palacio.

Doña Maria sostenia á Aïssa que estaba toda trémula.

Don Pedro entró en el salon, cogido del brazo de Mothril, cuyos ojos centelleaban de gozo.

—Querida Aïssa, exclamó, precipitándose hácia la jóven que bramaba de indignacion y que con ojos inquietos y temblorosos lábios parecia pedir cuenta á su compañera de tan infame traicion.

—Querida Aïssa, perdonadme, repitió el Rey; perdonadme por el susto que os he dado y á esa buena muger: permitidme que os dé la bienvenida.

—Y á mí, no me saludais, señor? exclamó doña Maria, levantándose el capuchon de su capa.

Don Pedro dió un grito, y retrocedió lleno de asombro.

Mothril pálido y desconcertado, sintió que las fuerzas le faltaban, al verse blanco de la terrible mirada de su enemiga.

—Vamos á ver si nos dais una habitacion, don Pedro, continuó doña María, pues nosotras somos vuestras huéspedes.

Don Pedro alterado, y sin saber qué contestar, se volvió cabizbajo á la galería.

Mothril huyó... pero en él la cólera ya habia sucedido al miedo.

Las dos mugeres se abrazaron estrechamente, y esperaron en silencio. Al cabo de un rato, sintieron cerrar las puertas.

El mayordomo, haciendo una profunda reverencia, vino á suplicar á doña María que tuviese la bondad de subir á su habitacion.

—No me abandoneis! exclamó Aïssa.

—Nada temas, te digo, hija mia. Ya ves que con solo haber descubier-

to mi semblante, ha bastado una mirada para confundir á esas bestias feroces... Vamos, ven conmigo... ya te he dicho que velo por tí.

—¡Y vos!... ¡Oh! ¿no temeis tambien por vuestra vida?...

—¡Yo!... exclamó doña María de Padilla sonriéndose con altanería; ¿quién seria el muy osado que se atreviese?... no soy yo, no, quien debe tener miedo en este castillo.

El patio del palacio.

La habitacion á donde fue llevada doña Maria la era bastante conocida. La habitaba en la época de su prosperidad y predominio. Entonces no habia cortesano que ignorase el camino que conducia á sus galerias de pilares, cubiertos de dorados y bellas pinturas , en cuyo centro habia un jardin de naranjos con un pilon de mármol. No se veian entonces mas que pages con

ricas libreas, y criados, modelo de solicitud por prestar sus servicios, bajo estas galerias espléndidamente iluminadas.

En el patio, bajo las espesas ramas de los floridos árboles, se ocultaban las músicas morunas exhalando sus melodías tan dulces, tan suavemente tristes, que parecían perezosos perfumes aspirados por el cielo, cuando salían de los labios del cantor ó de los dedos del músico.

Ahora todo estaba en el mayor silencio. Separada esta galeria del resto del palacio, parecia oscura y tétrica. Los árboles conservaban su follage; pero el rumor de su blando y susurrante movimiento tenia algo de siniestro; de la fuente de mármol brotaba el agua cristalina, pero con un ruido semejante á los rugidos del mar tempestuoso.

Al extremo de uno de los lados

mas largos de aquel paralelógramo, una puertecilla de forma oji-val servia de comunicacion entre la galería de Aïssa y la galería que el Rey ocupaba.

Este pasadizo era largo y estrecho como un canal de piedra. En otro tiempo don Pedro habia mandado cubrirlo todo de preciosas telas y tachonar el pavimento de flores. Pero en el largo intervalo entre ambas épocas, las telas se habian roto, y las flores estaban marchitas y secas.

Todo lo que nace para servir al amor, muere cuando el amor se estingue. Lo mismo sucede con esas apasionadas enredaderas que florecen y se enredan al rededor del árbol á quien aman, y que cuando no pueden ya aspirar la savia y el vago de su aliado, se secan, y caen agostadas.

Apenas se instaló en su habitacion doña Maria, pidió su vajilla.

—Señora , respondió el mayordomo , el Rey no ha venido para pasar temporada , sino solamente para entretenerse en la caza. Por consiguiente no se ha traído servicio.

—Bien ; pero un Rey tan hospitalario no debe permitir que á sus huéspedes les falte lo necesario.

—Señora , estoy á vuestras órdenes , y cuanto vuesa señoría pida.....

—Dadme pues , algunos refrescos y un pergamino para escribir.

El mayordomo hizo una reverencia y se marchó.

Ya era de noche : las estrellas brillaban en el cielo. Allá en el fondo del patio , un buho con su graznido quejumbroso hacia callar al ruiñeñor posado debajo de las ventanas de doña Maria.

Aïssa en medio de esta oscuridad , bajo el influjo de tan sombríos acontecimientos , asombrada del ta-

citurno furor de su compañera, permanecía trémula y pensativa en lo mas retirado del aposento.

Désde allí veia pasar y repasar como una sombra siniestra á doña Maria, con la mano apoyada en la barba y la mirada incierta, si bien brotando proyectos, como chispas de su furor.

No se atrevia á hablarla, recelando interrumpir su cólera, ó desviar su ánimo del dolor que sufría.

De repente se presentó el mayordomo, trayendo unas bugías de cera, que colocó encima de una mesa.

Tras él venia un esclavo con una fuente de plata y dos copas cinceladas del mismo metal, acompañadas de varias frutas en dulce y una ancha botella de vino de Jerez.

—Señora, vuesa señoría está servida, dijo el mayordomo.

—Pero no veo la tinta y el per-

gamino que he pedido , repuso doña Maria.

—Señora , se han buscado largo rato , dijo el mayordomo turbado , pero el canciller del Rey no está aquí , y los pergaminos los tiene guardados en el cofre real.

Doña Maria frunció el entrecejo.

—Ya comprendo , exclamó , muy bien , gracias. Dejados.

El mayordomo obedeció.

—Hija mia , tengo una sed que me devora , quieres alargarme una copa, Aïssa?

Esta se apresuró á echar vino en una de las copas, ofreciéndoselo en seguida á su compañera , que lo bebió con avidez.

—¿ No ha traído agua ? añadió doña Maria ; este vino me aumenta la sed , en lugar de apagarla.

Aïssa buscó en torno suyo y encontró una jarra de barro de flores pintadas , como las que se usan

en Oriente para conservar fresca el agua, aunque esté espuesta á los rayos del sol.

Llenó una copa de agua pura en la cual echó doña Maria el resto del vino que habia quedado en la otra copa.

Pero su espíritu no se ocupaba de las necesidades del cuerpo: su imaginacion, absorta en otros pensamientos, habia vuelto á perderse en los espacios mas sombríos.

—¿Qué es lo que hago yo aquí? se preguntaba á sí misma; ¿por qué perder un tiempo tan precioso?... O debo convencer al traidor de su traicion, ó debo tratar de atraerle de nuevo.

En seguida volviéndose bruscamente hácia Aïssa que seguia con ansiedad todos sus movimientos, la dijo:

—Veamos, jóven, tú que tienes una mirada tan pura, que no falta

quien crea leer en tu alma al través de las pupilas de tus ojos, responde á una muger, la mas desgraciada de las mugeres: ¿tú tienes orgullo?..... ¿Envidiarás tal vez el esplendor de mi prosperidad? ¿Habrás tenido por consejero, en las altas horas de la noche, algun ángel malo que se desvie del amor, para conducirte á la ambicion? ¡Oh! respóndeme!..... Advierte que todo mi destino se cifra en la palabra que vas á pronunciar; respóndeme como responderias á Dios.... ¿Sabias tú algo de este proyecto de robo?... ¿lo sospechabas?... ¿lo esperabas?

—Señora, respondió Aïssa con aire triste y dulce á la vez, ¡será posible que vos, mi buena protectora, vos que queriais llevarme junto á mi amante, con tan ardiente júbilo, me preguntéis si esperaba ir junto á otro!!....

—Tienes razon, dijo doña María con impaciencia, pero tu respuesta;

que tal vez pudiera espresar únicamente la candidez de tu alma, me parece todavía un subterfugio; ya ves que mi alma no es tan pura como la tuya, las pasiones humanas la ofuscan y trastornan; así vuelvo á hacerte la misma pregunta: ¿eres ambiciosa? ¿podrás consolarte de la pérdida de tu amor con la esperanza de una gran fortuna... de un trono?...

—Señora, respondió Aïssa temblando, yo no tengo elocuencia, y no sé si llegaré á persuadiros en medio de vuestro dolor, pero os juro por el Dios vivo, sea el vuestro, sea el mio, que en caso que don Pedro me tuviese en su poder, é intentase imponerme su amor, os juro que no me faltaria un puñal para atravesarme el corazon, ó una sortija como la vuestra para aspirar un veneno mortal.

—¡Una sortija como la mia!.... exclamó doña María retrocediendo asombrada y ocultando su mano deba-

jo de la capa; tú sabes...

—Yo sé, porque así lo han dicho todas las gentes de este palacio, que habiéndooos entregado al Rey don Pedro, y recelando caer en manos de sus enemigos despues de perdidas algunas batallas, teniais la costumbre de llevar en esa sortija un veneno sutil, para libertaros del peligro en un caso apurado... Ademas de que esa es costumbre general entre las gentes de mi pais, y yo no pienso ser para con Agenor, menos leal que vos para con don Pedro. Moriré cuando viere que va á perder su bien...

Doña María estrechó las manos de Aïssa, y la besó en la frente con feroz ternura.

—Eres una criatura generosa, la dijo, y tus palabras me dictarian mi deber, si no tuviese que asegurar otra cosa mas sagrada que mi amor.. Si, yo debiera morir, habiendo perdido mi porvenir y mi gloria; pero

¿quién velará por la suerte de ese ingrato, de ese cobarde á quien amo todavía? ¿quién le salvará de una muerte vergonzosa, y de una ruina mas vergonzosa aun? No tiene un amigo en tanto que le acometen por todas partes millares de enemigos encarnizados. Tú no le amas, tú no cederás á ninguna sugestion, eso es cuanto deseo, pues lo contrario era la única cosa que temia. Ahora ya estoy tranquila: la línea que debo seguir ya está trazada. Antes que amanezca la aurora del dia de mañana, habrá en España un cambio del que se hablará en todo el universo.

—Señora, dijo Aïssa, no os dejeis llevar de los ímpetus de vuestro animoso corazon .. Advertid que estoy sola en el mundo, y que no tengo mas esperanza ni mas felicidad que en vos y por vos.

—En todo pienso: la desgracia purifica las almas: no teniendo ya

ese amor comun, tampoco puedo tener egoismo.

Escucha, Aïssa, mi partido está resuelto: voy á ver á don Pedro: véte á la pieza inmediata, y en el cofre incrustado de oro que hay allí debes encontrar una llave. Esa es la llave de una puerta secreta que conduce á las habitaciones de don Pedro.

Aïssa fué corriendo, y en efecto, trajo la llave que doña María necesitaba.

—¿Y voy á quedarme sola en este triste aposento? exclamó la jóven.

—Conozco un retiro inviolable para tí. En esta habitacion, tal vez pudieran penetrar hasta tu persona, pero ven conmigo: detrás del cuarto donde has tomado la llave hay otro muy resguardado y sin salida. Yo te encerraré en él, y nada temas...

—Sola?... Oh! no... sola tendria miedo.

—Sin embargo, hija mia, tú no

puedes acompañarme, pues teniendo tanto miedo como tienes al Rey, y yendo yo precisamente junto á él...

—Cierto, dijo Aïssa, sí señora... tendré paciencia y aguardaré .. no en ese cuarto oscuro y retirado. ¡Oh! no... aquí mismo, sobre los cojines en que habeis descansado, donde todo me recordará vuestra presencia y vuestra proteccion

—Necesitas sin embargo dormir?

—No señora, no.

—Como quieras... mientras yo vuelvo, pasa el tiempo en pedir á tu Dios que me haga triunfar, pues de ese modo, mañana á la luz del mediodia y sin recelos emprenderás el camino que conduce á Rianzarés; mañana al separarte de mí podrás decirme: vuelo á los brazos de mi esposo, de los cuales no podrá arrancarme poder alguno sobre la tierra, por fuerte que sea.

—¡ Gracias , señora , gracias ! es-

clamó la jóven cubriendo de besos las manos de su generosa amiga.... ¡ Oh ! sí , yo rogaré á Dios !... ¡ Oh , sí , Dios me oirá !...

En el momento en que estas dos jóvenes se despedían de una manera tan tierna , hubiera podido verse desde el fondo del patio subir poco á poco bajo las ramas de los naranjos , la cabeza de una persona curiosa , que llegó á ponerse al nivel de la galería en lo mas espeso de aquella sombra.

Esta cabeza , así confundida con la espesura del bosquecillo , permaneció inmóvil.

Doña Maria dejó á la jóven , y se dirigió apresuradamente al camino de la puerta secreta.

La cabeza , sin moverse , volvió unos grandes ojos blancos hacia doña Maria , la vió penetrar en el corredor misterioso , y prestó atento oído.

En efecto , al extremo de este

corredor se sintió el ruido de una puerta que giraba sobre sus goznes, y al momento desapareció la cabeza del fondo del árbol, como si hubiese sido una serpiente que se enroscase á toda prisa.

Era esta cabeza la del sarraceno Hafiz que se deslizaba á lo largo del liso tronco de un limonero.

Al bajar se encontró con otra figura sombría que le estaba aguardando.

— ¡Qué es eso! ¿Ya te bajas, Hafiz? le preguntó este personaje.

— Sí, señor; pues ya no tengo que observar en el aposento del cual acaba de salir doña Maria.

— ¿Y á donde vá?

— Se ha ido al extremo de la galería, á la derecha y allí ha desaparecido.

— ¡Desaparecido!... ¡oh! por el santo nombre del profeta!... sin duda ha tomado la puerta secreta y se dirige á hablar al Rey. ¡Esta-

mos perdidos!

—Ya sabeis que estoy á vuestras órdenes, señor Mothril, dijo Hafiz mas pálido que la cera.

—Bien. Sígueme hácia los aposentos del Rey; á estas horas todo el mundo duerme. No hay guardias ni cortesanos. Subirás por el patio del Rey hasta su ventana, como acabas de hacerlo, y escucharás desde allí como has escuchado desde aquí.

—Hay un medio mas sencillo, señor Mothril, y vos mismo podreis escuchar.

—¿Cuál?... dilo pronto!

—Venid conmigo... Subiré por una columna del patio hasta llegar á una ventana, me introduciré en seguida por allí, y me iré deslizando hasta una puerta posterior que os abriré. De este modo podeis oir con toda comodidad lo que doña Maria y don Pedro vayan á hablar, ó esten hablando

en este momento.

—Tienes razon, Hafiz; el profeta te inspira. Haré lo que dices. Enséñame el camino.

Esplícacion.

Doña María no se hacia ilusiones: el peligro era inminente.

Cansado el Rey de una posesion de muchos años , aburrído de sus conquistas y corrompido por la adversidad que solo purifica á las almas virtuosas momentaneamente estraviadas , habia necesitado recurrir á los estímulos para el mal,

y no á los consejos para obrar el bien.

Tratábase de cambiar las disposiciones de esta alma , y nada hubiera sido imposible por medio del amor , pero era muy de recelar que don Pedro lo profesára aun á doña Maria.

Caminaba esta , pues , á tientas como un ciego por la senda que su enemigo Mothril conocía tan bien.

No hay duda que si ella hubiera encontrado al moro en el camino , y hubiese llevado un puñal , lo hubiese herido sin misericordia , pues barto sabia que ese influjo maldito pesaba hacía un año sobre su ecsistencia y comenzaba á dominarla.

En estos pensamientos iba embebida doña Maria , cuando abrió la puerta secreta y se encontró en el aposento del Rey.

Don Pedro, asombrado y lleno de dudas vagaba por la galeria

como un fantasma.

El silencio de doña Maria, y su repesada cólera le infundian muy vivas aprensiones, y escitaban su enojo de una manera terrible.

—Vienen á desafiarme hasta en medio de mi córte, decia; quieren mostrarme que yo no soy dueño de mi mismo, y realmente no lo soy, puesto que la venida de esta mujer trastorna todos mis proyectos, y destruye la esperanza de todos mis placeres.

Es un yugo que es menester que yo destruya... si no soy bastante fuerte para obrar solo, buscaré quien me ayude.

Decia estas palabras cuando doña Maria, que se deslizara como una hada sobre las baldosas de ladrillos abrillantado, le cojió por el brazo y le dijo:

—Quién os ayudará, señor?

—Doña Maria! exclamó el Rey, como si hubiese visto un espectro.

—Sí, doña Maria, que viene á preguntar á su Rey y señor, cuál es mas deshonoroso y mas pesado, si el consejo ó llámese predominio de una noble española que os ama de veras, ó el yugo impuesto á don Pedro por Mothril, á un Rey cristiano por un moro !...

Don Pedro apretó los puños con furor.

—No hay que impacientarse, dijo doña Maria, no hay que enfurecerse; la hora y el sitio son á propósito para eso. Vos estais aqui en vuestra propia casa, y yo, que soy vuestra súbdita no debo dictaros vuestras resoluciones. Asi, siendo como sois amo y señor, no debeis tomaros la incomodidad de enfureceros. Jamas el leon se ha quejado de la hormiga.

No estaba acostumbrado don Pedro á oir semejante lenguaje á su querida; asi es que se quedó cortado y dijo:

—Qué quereis , pues , señora?

—Casi nada , señor : segun parece amais á otra muger ; estais en vuestro derecho : no examinaré si usais de él bien ó mal , es vuestro derecho. No soy vuestra esposa , y aunque lo fuese , recordaria las incomodidades y tormentos que por mí habeis proporcionado á las que fueron esposas vuestras.

—Me lo echais en cara ? dijo con orgullo don Pedro , que no deseaba mas que tener un pretesto para manifestar su enojo.

Doña Maria sostuvo sus miradas con entereza.

—Yo no soy Dios , le dijo , para pedir á los Reyes cuenta de sus crímenes ! Soy una débil muger , que si hoy existo , mañana tal vez estaré muerta , un átomo , un soplo , nada ; pero tengo una voz y la empleo en deciros lo que de nadie hubieseis oido sino de mí. Vos amais , Rey don Pedro , y siempre que es-

to os acontece de nuevo , una nube pasa por delante de vuestros ojos y os oculta todo el universo... Pero vos desviais la cabeza... ¿que ois ?.... ¿Que idea os asalta?...

—Creia sentir pasos en la habitacion inmediata , dijo don Pedro... pero no , es imposible...

—Porque imposible !..... todo es posible aquí..... mirad , señor... os lo suplico..... ¿ nos escuchará alguno ?

—No , no hay puerta en este cuarto, y yo no tengo ningun servidor cerca de mi persona Sin duda es la brisa de la noche que habrá levantado alguna portezuela y estará batiendo una ventana.

—Os decia , pues , repuso doña Maria , que como vos no me amais ya , he tomado la resolucion de retirarme.

Don Pedro hizo un movimiento.

—Esto os alegra , muy bien , dijo con la mayor frialdad doña Ma-

ria , por eso mismo lo hago yo. Desde este momento , señor , ya no debéis contar por querida vuestra á doña Maria de Padilla , sino por una humilde servidora que os va á decir la verdad sobre vuestra situacion. Habeis ganado una batalla, pero se os dirá que otros la han ganado para vos : en semejante caso vuestro aliado es vuestro dueño, y os lo probará tarde ó temprano. Ya el príncipe de Gales reclama sumas considerables que se le adeudan... vos no teneis ese dinero ; sus doce mil lanzas que han combatido en favor vuestro , no tardarán en volverse contra vos. Entretanto el príncipe vuestro hermano , ha encontrado socorros en Francia, y el condestable á quien tanto aprecian cuantos llevan un nombre francés no tardará en volver á tomar la revancha. A esos dos ejércitos , contra los cuales tendreis que combatir ¿ qué pensais oponerles ? ¿ Un

ejército de moros ? ¡ Oh Rey cristiano ! Solo un medio os queda para volver á entrar en la confederacion de los príncipes de la iglesia , y menospreciáis ese medio !... Quereis atraer sobre vuestra cabeza , ademas de las armas temporales , la cólera del Papa y la excomunion ! Mirad que los españoles son muy religiosos , y que os abandonarán , la sola vecindad de los moros los asusta y disgusta en extremo. Pero no es esto todo..... El hombre que os conduce á vuestra ruina , no la encuentra completa en la miseria y en la degradacion , es decir , en el destierro y en la pérdida del poder ; quiere imponeros una alianza infame , quiere convertirlos en un renegado. Dios me oye , y sabe bien que no aborrezco á Aïssa , al contrario la amo , la protejo y defiendo como á una hermana , porque conozco su corazon y conozco su vida : Aïssa , aun cuando

fuese hija de un Rey moro , lo cual no es así , señor , como lo probaré, Aïssa , para ser vuestra esposa no vale mas que yo hija de los antiguos caballeros de Castilla ; yo , la noble heredera de veinte antepasados tan ilustres como algunos Reyes cristianos. Y sin embargo ¿os he pedido nunca que hicieseis consagrar nuestro amor por medio de un enlace ? Seguramente podia muy bien hacerlo , porque vos , Rey don Pedro , me habeis amado de corazon !...

D. Pedro , suspiró.

—Pero aun bay mas... Mothrill os habla del amor de Aïssa , ¿qué digo ? acaso os lo promete !.....

Don Pedro miró en torno suyo con la mayor inquietud y vivamente interesado , como para recoger las palabras de Maria , antes que el eco se las llevase.

—Os promete que os amará , ¿no es así?

—¡Y aun cuando así fuese , señora!

—Eso pudiera suceder , señor , y vos mereceís mas que amor : hay ciertas personas de vuestros reynos , personas iguales á Aïssa , segun yo creo , y que os profesan mas que adoracion.

La frente de don Pedro se iluminó. Doña Maria sabia conmovér hábilmente las cuerdas sensitivas de su corazon.

—Pero al fin , continuó la jóven , Aïssa no os amará porque ama á otro.

—¿ Es eso cierto ? exclamó don Pedro enfurecido. ¿ No es esa una calumnia ?

—Tan no es una calumnia , señor , que si ahora mismo interrogaseis á Aïssa , antes que hubiese podido comunicarse conmigo , ella os dirá palabra por palabra cuanto voy á deciros.

—Hablad , señora , hablad , que

me hareis un verdadero servicio.
¿Ama á alguno Aïssa? quién la ama?

—Un caballero de Francia llamado Agenor de Mauleon.

—El embajador que me enviaron á Soria? Y Mothril lo sabe?

—Lo sabe.....

—Estais segura de ello?

—Os lo juro.

—Y creéis que su corazon esté preocupado de tal manera, que el prometerme su amor por parte de Mothril haya sido una vil mentira, una traicion odiosa?

—Si señor, una vil mentira; una traicion odiosa.

—Podeis probármelo, señora?

—Cuando mandeis señor.

—Repetídmelo, para que llegue á convencerme de ello.

Doña Maria dominaba al Rey omnímodamente, empleando el orgullo y los celos.

—«Os juro, me dijo hace poco

doña Aïssa, y sus palabras resuenan todavía en mis oídos; os juro que en el caso de caer en poder de don Pedro y de tratar este de imponerme el yugo de su amor, os juro que tendré un puñal para traspalarle el corazón ó una sortija como la vuestra para aspirar un veneno mortal» y al mismo tiempo señalaba la sortija que traigo en este dedo, señor.

—¿Esa sortija? exclamó don Pedro con espanto... ¿Y qué tiene esa sortija, señora?

—Encierra, con efecto, un veneno sutil, señor. Hace dos años que la traigo siempre para asegurar mi libertad de cuerpo y alma, como una prevención para el día en que por algún golpe fatal de vuestra fortuna que tan fielmente he seguido, me viere en peligro de caer en manos de nuestros enemigos.

Don Pedro sintió cierto remor-

dimiento al ver un rasgo tan extraordinario de heroismo, y exclamó:

—Teneis un noble corazon, Maria, y nunca he amado á ninguna muger tanto como os he amado á vos... pero los reveses de fortuna todavia están lejos.. ¡aun podeis vivir !...

—*¡ Como me ha amado !...* pensó doña Maria perdiendo el color, pero sin que don Pedro lo advirtiera. Ya no dice *tanto como os amo!*

—¿ Con que tal piensa Aïssa? repuso don Pedro despues de un largo rato de silencio.

—Si, señor.

—¿ Con qué idolatra á ese caballero francés?

—Sí, señor ; le profesa un amor igual al que yo os he... tenido, respondió doña Maria.

—¿ Que me habeis tenido! dijo don Pedro, cuya debilidad era ma-

yor que la de su querida , y por lo tanto mostró su herida al primer dolor.

—Sí , señor.

Don Pedro frunció el entrecejo.

—¿ Podria interpelar á Aïssa ?...

—Cuando gustéis.

—¿ Y hablará delante de Mothril?

—Si , señor.

—¿ Y confesará todos los pormenores de su amor?

—Confesará hasta lo mismo que puede ruborizar á una muger.

—¡ Maria ! exclamó don Pedro sin poderse contener ; ¡ qué habeis dicho , Maria!

—La verdad siempre , replicó doña Maria con sencillez.

—Aïssa deshonrada !...

—Aïssa , á quien quieren hacer subir á vuestro trono , y colocar en vuestro régio tálamo , es la esposa del señor de Mauleon , con tales vínculos , que solo Dios puede

romper, pues son los vínculos de un matrimonio consumado.

—¡Maria! ! Maria! exclamó el Rey ébrio de furor.

—Era mi deber haceros esta última confesion... Yo soy, señor, la que importunada por Aïssa introduje al caballero francés en el cuarto donde Mothril la tenia encerrada, yo soy la que patrocinando sus amores, debia reunirlos en la tierra de Francia.

—¡Mothril! Mothril! todos los castigos serian muy débiles, todos los tormentos muy suaves para hacerle espiar tan cobarde atentado! Señora, os suplico que me traigais á Aïssa!

—Señor, allá voy... Pero os suplico que reflexioneis bien una cosa: he vendido el secreto de esta jóven, por favorecer los intereses y el honor de mi Rey... ¿No seria mejor que os fiaseis de mi palabra; no pudierais creerme sin esa prue-

ba deshonrosa para esa infeliz?...

— ¡Ah, vacilais... me engañais sin duda!

— Señor, yo no vacilo, quiero inspirar á V. M. un pñco de confianza: esa prueba la tendremos lo mismo dentro de algunos dias sin estrépito, sin un escándalo que pudiera perder á esa jóven.

— Esa prueba la quiero al punto; y os intimo que me la presenteis sin tardanza, so pena de no ser creida en vuestras acnsaciones.

— Obedezco, señor, dijo doña Maria dolorosamente conmovida.

— Os aguardo con impaciencia, señora.

— Señor, pronto sereis obedecido.

— Si habeis dicho la verdad, doña Maria, mañana no habrá en España un solo moro que no se vea proscrito ó fugitivo.

— En tal caso, señor, desde mañana sereis un gran Rey; y yo, fugitiva y abandonada, daré gracias

á Dios por la mayor felicidad que puede concederme en este mundo, la certeza de vuestra prosperidad.

—Titubeais, señora, os poneis pálida; ¿quereis que llame?

—No llameis, señor... No .. Me vuelvo á mi habitacion... Ya he mandado llevar vino, he preparado un refresco que me espera sobre la mesa: tan pronto lo haya tomado, cesará el ardor que siento, y me encontraré completamente bien; os ruego que no penseis mas en mí... Pero yo os juro, dijo de repente doña Maria, precipitándose hácia el aposento inmediato, os juro que alli habia alguna persona: esta vez no me he equivocado, he sentido las pisadas de un hombre...

Don Pedro cojió una luz; y otra doña Maria, y entrambos se dirigieron hácia aquel aposento: estaba enteramente desierto, y no habia señal alguna que confirmase los temores de doña Maria.

Unicamente una portezuela temblaba todavia al lado de la puerta exterior que habia descubierto Hafiz.

— ¡ No hay nadie ! dijo doña Maria sorprendida , y sin embargo yo he sentido pasos.

— Ya os lo he dicho , era imposible... Oh ! Mothril ! Mothril ! qué venganza tomaré de tu traicion ! Volvereis pronto , señora ?

— No tardaré mas tiempo que el necesario para prevenir á Aïssa , y volver á tomar el camino secreto.

Dichas estas palabras , doña Maria se despidió del Rey , el cual en la calentura de su impaciencia , casi confundia la gratitud por el servicio prestado , con el recuerdo de un amor antiguo.

En efecto , era doña Maria una de esas mugeres bellas y seductoras , de quienes no puede el hombre olvidarse despues de haberlas visto una vez.

Intrépida y altiva, imponía el respeto y arrancaba el amor. Mas de una vez este Rey déspota tembló al verla enojada, y con frecuencia su corazón encallecido palpita-
ba al pensar en su llegada.

Así cuando salió después de haberse expresado en tales términos, quiso don Pedro correr tras ella para decirle: Qué importan esas inícuas tramas que se urden en medio de tinieblas. Tú eres la que mi corazón ama; tú eres la fruta que deseo ardientemente para apagar mi sed!

Pero doña Maria acababa de cerrar la puerta de hierro, y el Rey no pudo oír mas que el ligero roce de sus vestidos por las paredes, y el crugido de las ramas secas que se tronchaban bajo sus pies.

La sortija de Maria y el puñal de Aïssa.

El pie de Mothril habia tocado muy ligeramente el suelo, cuando doña Maria creyó sentir ruido en el aposento inmediato. Mothril se habia quitado sus sandalias para venir hasta la tapicería á escuchar lo que se tramaba contra él.

La revelacion del secreto de Aïssa le habia llenado de terror y asombro. Que doña Maria le odia-

se, eso no era para Mothril motivo de duda; que ella tratase de perderle, censurando su política y poniendo de manifiesto su ambición, también lo conocía el moro; pero lo que no podía llevar con paciencia, era la idea de que don Pedro llegase á mirar con indiferencia á Aïssa.

Esta, desposada con Mauleon y desposeída de su primitiva pureza, se convertía á los ojos de don Pedro, en un objeto sin valor ni atractivos, y el no poder sujetar á don Pedro por medio del amor de Aïssa era quedarse sin la brida que contiene á un corcel indomable.

Si se perdían algunos momentos, todo el edificio formado con tanto trabajo se venía al suelo. Aïssa segura de verse protegida, vendría con su compañera á revelar á don Pedro todo el secreto... Entonces doña Maria recobraría sus derechos, Aïssa perdería los suyos, y Mothril aver-

gonzado, maldecido, echado y maltratado como un falsario vil, tendria que tomar con sus compatriotas el fúnebre camino del destierro, dando por supuesto que no fuese precipitado á la tumba por el temible huracan de la cólera del Rey.

He aquí el cuadro que se desenrolló á los ojos del moro, mientras que doña Maria hablaba con don Pedro y que sus palabras caian una á una como gotas de plomo derretido sobre la llaga irritada de este ambicioso.

Perdido y sin aliento, frio á veces como el mármol y á veces ardiente como el azufre derretido, preguntábase á sí mismo Mothril por qué la mano que tenia á su disposicion un puñal seguro, no mataba de un solo golpe al señor que escuchaba y á la reveladora de tan fatal secreto; es decir, por qué no salvaba su vida y su causa.

Si don Pedro hubiese tenido cerca

de sí otro ángel custodió que no fuese doña María, este ángel no hubiera dejado de avisarle del inminente riesgo que corría en aquel momento.

De pronto la frente de Mothrill se aclaró y el sudor corrió en menos abundancia y menos frío. Dos palabras de doña María le habían abierto el camino de su salvación al mismo tiempo que la idea de un crimen.

Dejóla, pues, concluir sosegadamente: terminada esta entrevista, y cuando ya nada le quedaba que saber, salió de su escondrijo, haciendo temblar la tapicería, como doña María y don Pedro notaron no sin falta de razón.

Una vez fuera de allí Mothrill se detuvo como dos segundos y dijo:

— En volver por el corredor secreto tardará tres veces tanto como yo en entrar en su cuarto por el patio.

—Hafiz, dijo, dando un golpecito en el hombro del tigre que espiaba sus menores órdenes, corre al pasadizo de la galeria, deten á doña Maria cuando se presente, pídelá perdon como si estuvieses dominado por el arrepentimiento, acúsame, si quieres; confiésala, revélala... en fin, haz lo que te parezca; pero deténla cinco minutos siquiera, antes de que vuelva á la galeria.

—Bien señor, contestó Hafiz; y gateando como una comadreja por la columna de madera del patio, entró en el pasadizo desde donde se sentian ya las pisadas de doña Maria que se acercaba.

Entretanto Mothril dió la vuelta al jardin, subió la escalera de la galeria y entró en la habitacion de doña Maria.

En una mano llevaba su puñal, y en la otra un frasquito de oro que acababa de sacar de los pliegues de su ancho cinturon.

Cuando entró, la bugía estaba casi derretida con la fuerza del viento. Aïssa dormía tranquilamente reclinada sobre los cojines. De sus lábios entreabiertos se exhalaba un nombre caro con el perfume de su aliento.

—Muerta ella, dijo para sí el moro con sombría mirada... no podrá confesar lo que doña Maria quiere hacerla decir... Mas oh!... herir á mi hija!... murmuró... mi hija que está durmiendo!... ella, á quien tal vez, si no me precipito llevado del temor, reserva el Altísimo una corona!... Esperemos!... Si tiene que morir, que á lo menos otra muera primero: quédeme á lo menos ese resto de esperanza!

Y se adelantó hácia la mesa, tomó la copa de plata medio llena de la bebida que doña Maria habia preparado, y en ella echó el líquido que contenia el frasco de oro que llevaba.

—Maria, dijo en voz baja, y con siniestra sonrisa; este veneno no vale tanto como el que tú llevas en tu sortija, porque nosotros los moros somos unos bárbaros; discúlpame la torpeza; pero si mi brevaje no te agrada, desde luego te ofrezco mi puñal.

Apenas acababa estas razones, cuando llegó á sus oídos la voz suplicante de Hafiz confundida con la voz mas animada de doña Maria, que á su pesar se encontraba detenida en el corredor secreto...

—Por piedad, decia el mónstruo, perdonad mi juventud, mi falta de experiencia, yo ignoraba lo que mi señor me obligaba á hacer.

—Ya lo veré mas tarde, respondió doña Maria, por ahora déjame! Yo me informaré y averiguaré en los testimonios que sobre tí me den la verdad que ahora me ocultas.

Mothril corrió á ponerse detras de la tapicería que encubria la venta-

na. Desde allí podía verlo y oírlo todo, y abalanzarse sobre Maria cuando intentase volver á salir.

Hafiz despedido, desapareció lentamente por la oscura galería.

Entonces entró doña Maria en su habitacion y contempló con una emocion indefinible á Aïssa dormida.

—Acabo de profanar á los ojos de un hombre, la dijo, tu dulce secreto amoroso, he mancillado tu hermosura de paloma, pero el agravio que te he hecho, pronto será reparado. Infeliz muchacha! tú duermes confiada en mi proteccion... duermes todavia, te dejo por un minuto entregada á tu dulce beleño!

Y dió un paso hácia Aïssa. Mothríl empuñó su acerado puñal.

Pero el movimiento que acababa de hacer doña Maria, la apróximó á la mesa, eucima de la cual vió su reluciente copa de plata, y el rojo licor que ansiaban sus secos lábios.

Tomó esta copa, y bebió el líquido que contenia en diferentes veces.

Apenas tocaba á su paladar el último trago, cuando el frio de la muerte se habia apoderado de su corazon.

Vaciló un momento, sus ojos quedaron fijos, comprimió su pecho con entrambas manos, y presagiando en este dolor incomprensible una nueva calamidad, tal vez una nueva traicion, miró con ansiedad y zozobra en torno suyo, como si tratára de interrogar á la soledad y al sueño, esos dos testigos mudos de sus padecimientos.

Estalló el dolor en su pecho como un incendio: su rostro se puso lívido, sus manos se crisparon; parecía que el corazon se le subia á la garganta, y abrió la boca para dar un grito...

—Súbito como un rayo, Mothril previno este grito, precipitándose

sobre doña Maria.

En vano procuró esta desasirse de sus brazos , en vano mordió los dedos del sarraceno que le cerraban la boca.

Mothril , mientras que así sujetaba la voz y los brazos de aquella desgraciada , apagó la bugía , y doña Maria de Padilla cayó al mismo tiempo en las tinieblas y en la muerte.

—Sus pies sacudieron el suelo por espacio de algunos segundos con un ruido tal , que su cándida compañera se despertó.

Levantóse Aïssa , y queriendo andar en medio de aquellas tinieblas , tropezó con el cadáver.

Cayó en los brazos de Mothril , que le agarró las manos , y la hizo rodar cerca de doña Maria , dándole una terrible puñalada en la espalda.

Nadando Aïssa en su propia sangre , cayó sin sentido. Entonces

Mothril quitó á doña María la sortija que contenia el veneno.

Echó este veneno en la copa de plata, y volvió á poner el anillo en el dedo de su víctima.

En seguida, tiñendo en sangre el puñal que la jóven mora llevaba en su cintura, lo colocó cerca de doña María, de suerte que le tocaba con sus dedos.

Este misterio de horror, se realizó en menos tiempo que el que necesita la serpiente de las Indias, para ahogar á dos gacelas que acecha retozando al sol en medio de una pradera.

Para que la tarea de Mothril quedase enteramente cumplida, no tenia mas que ponerse á cubierto de toda sospecha.

Nada mas fácil : entró en el patio vecino como si volviese de una escursion de mera vigilancia.

Preguntó á los servidores del Rey, si S. M. se habia acostado.

Respondiéronle que le habían visto pasearse en su galería con cierta impaciencia.

Mothril pidió sus cojines , mandó á uno de sus servidores que le leyese algunos versículos del Alcorán , y se entregó á un profundo sueño...

Hafiz , sin haber podido consultar á su señor , le habia comprendido perfectamente , gracias á su instinto. Habíase incorporado con los guardias de don Pedro , sin dejar su acostumbrada gravedad. Así trascurrió como cosa de media hora.

En todo el palacio reynaba el mayor silencio.

De repente un grito terrible, espantoso, resonó en el fondo de la galería real , y la voz del Rey articuló estas terribles palabras:

— Socorro ! socorro !

Cada cual se precipitó corriendo hácia la galería , los guardias con sus tizonas desenvainadas , y los

criados con la primera arma que encontraron á mano.

Mothril, restregándose los ojos, é incorporándose como si el sueño le hubiese aletargado, preguntó:

—Qué hay de nuevo?

—El Rey! el Rey! respondió la multitud atónita.

Abd-el-Motrí se levantó marchando tras de los demas. En la misma direccion observo que se adelantaba Hafiz; frotándose los ojos y como aturdido de sorpresa.

Vióse entonces á don Pedro con una antorcha en la mano en el umbral de la habitacion de doña Maria. Daba gritos espantosos, estaba pálido como un cadáver, y de cuando en cuando, se volvía hácia el aposento redoblando sus gemidos y sus imprecaciones.

Mothril atravesó la muchedumbre que, muda y temblando, rodeaba al príncipe medio loco.

Diez antorchas derramaban en

la vasta galeria su resplandor siniestro.

—Mirad, mirad! exclamó don Pedro... muertas, enteramente muertas las dos!

—Muertas, repitió la muchedumbre con ronco acento.

—Muertas! exclamó Mothríl, ¿quiénes son las muertas, señor?...

—Mira, vil sarraceno! dijo el Rey, cuyos cabellos se erizaban en su cabeza.

El moro tomó una antorcha de manos de un soldado, entró lentamente en el aposento, y retrocedió ó fingió retroceder aterrorizado á la vista de los dos cadáveres y de la sangre que inundaba el pavimento.

—Doña Maria! exclamó... Aïssa! gritó... Alá!...

La multitud repitió horrorizada.

—Doña Maria! doña Aïssa! muertas!...

Mothríl se hincó de rodillas y

miró á las dos víctimas con una atencion dolorosa.

El Rey no respondió...

Mothril hizo una señal, y todo el mundo se retiró poco á poco.

—Señor, repitió el moro, con el mismo tono de afectuosa insistencia, aquí se ha cometido un crimen.

—Infame! exclamó don Pedro volviendo en sí; todavia estás aquí, tú que me has vendido!...

—Mucho debe padecer mi señor cuando así maltrata á sus mejores amigos, dijo Abd-el-Motrí con impasible calma.

—Maria..... Aïssa... repitió don Pedro delirando. .. muertas!

—Señor, yo no me quejo, dijo Mothril.

—Quejarte tú! Infame! ¿Y de que pudieras quejarte?...

—De que estoy viendo en la mano de doña Maria el arma fatal que ha derramado la ilustre sangre de

mis Reyes , el arma que ha asesinado á la hija de mi venerado señor , del gran califa.

—Cierto , murmuró don Pedro... el puñal está en manos de doña Maria... pero á ella misma... á ella, cuyas facciones presentan tan horrible aspecto , cuyos ojos brotan destellos de indignacion y de amenaza , cuyos labios despiden la espuma á borbotones. Quién la ha matado ?...

—Cómo quereis que os lo diga yo , señor , yo que estaba durmiendo , y que he venido aquí despues de vos?

—El moro despues de haber contemplado el rostro , lívido de doña Maria ; movió la cabeza sin decir una palabra , únicamente examinó con cierta curiosidad la copa medio llena todavia.

—Veneno ! murmuró.

El Rey se bajó sobre el cadáver , cuya fria mano cojió con ter-

ror sombrío.

— Ah ! exclamó don Pedro , la sortija está vacía !

— La sortija ? repitió Mothril , fingiendo sorpresa ; qué sortija ?

— Sí , continuó el Rey , la sortija del mortal veneno... Ah ! mirad ! Maria se ha suicidado ? exclamó el Rey. Maria , á quien estaba yo aguardando , Maria que podía contar con mi amor !...

— No , señor ; yo creo que os engañais : doña Maria estaba celosa y sabia , hacia mucho tiempo , que otra muger ocupaba vuestro corazon. Consideradlo bien , señor ; doña Maria ha debido resentirse mortalmente en su orgullo al ver venir á Aïssa á este palacio llamada por vos. Pasada su cólera , habrá preferido la muerte sin vengarse , y para una española la venganza es un placer preferible á la vida.

Este discurso revelaba una hábil perfidia ; el tono ingénuo y sencí-

llo con que el moro lo pronunció impaso por un momento al Rey. Pero de repente le asaltó el dolor y el sentimiento, y cogiendo al moro por la garganta, exclamó:

—Mientes, Mothril! te burlas de mí! Tú atribuyes la muerte de doña Maria al sentimiento de mi abandono, y tú ignoras ó fingues ignorar que yo preferia á todo á doña Maria, mi buena, mi noble amiga.

—Señor, no me deciais eso el otro dia, cuando acusábais á doña Maria de que os fatigaba...

—No digas eso, moro maldito, delante de ese cadáver!

—Señor, encadenaré mi lengua, me arrancaré la vida antes que disgustar á mi Rey y señor; pero quisiera calmar su afliccion, y eso es lo que hago á fuer de buen amigo.

—Maria! Aïssa! dijo don Pedro enagenado... Mi reyno entero daria por rescatar una sola hora de vuestra vida!

—Dios hace bien lo que hace, dijo en tono de lúgubre salmodia Mothril. Me ha robado la alegría de mi vejez, la flor de mi vida, la perla de inocencia que enriquecía mi casa.

—Perro descreído! exclamó don Pedro, cuyo egoismo despertaban estas palabras, lanzadas á propósito exasperando su furor, tú hablas todavía del candor y de la inocencia de Aïssa, tú que sabes que amaba al caballero francés, tú que conocías su deshonor.

—Yo! replicó el moro con voz sofocada... yo sabia la deshonor de Aïssa!... ¿Estaba deshonrada Aïssa?... Ah! quién ha dicho eso? exclamó dando un bramido de cólera, que no por ser fingido, dejaba de ser menos espantoso.

—Quien lo ha dicho! La muger á quien tu encono no puede ya perjudicar, la que no mentía, la que acaba de arrebatarme la muerte.

—Doña Maria ! exclamó el sarra-
ceno con desprecio ; ella tenia in-
terés en decirlo... ella podia muy
bien decir eso por amor , pues que
ella ha muerto por amor ; podia muy
bien haber calumniado por vengar-
se , asi como por vengarse ha co-
metido un asesinato.

Don Pedro guardó silencio re-
flexionando sobre esta acusacion tan
lógica como atrevida.

—Si Aïssa no estuviese tambien
atravesada de una puñalada , aña-
dió Mothril , acaso no faltaria quien
viniese á deciros que ella habia tra-
tado de asesinar á doña Maria.

Este último argumento traspasa-
ba todos los límites de la auda-
cia. Don Pedro quiso aprovecharse
de él.

—Por qué no ! dijo. Doña Ma-
ria me habia revelado el secreto de
tu mora , no seria lógico suponer
que esta se hubiese vengado de su
deseubridora?

—Tened presente, respondió Mothril, que la sortija de doña Maria está vacía... mas ¿quién pudo haberla vaciado sino ella misma?... Muy ciego debes estar, Rey, puesto que la muerte de estas dos mugeres no te hace conocer que doña Maria te habia engañado.

—¿Pues cómo es eso? Ella debia traerme la prueba, debia traerme á Aïssa para que me repitiese las palabras de doña Maria.

—¿Y ha venido?

—Está muerta!

—Porque era necesario probar en caso de volver, y ella no podia probar.

Esta vez don Pedro bajó la cabeza, perdido en una terrible oscuridad.

—La verdad! murmuró don Pedro ¿quién me dirá la verdad?

—Yo te la digo.

—Tú! exclamó el Rey con un furor reconcentrado, tú eres un

mónstruo que perseguiste á doña Maria, que trataste de seducirme para que yo la abandonara, tú eres quien ha causado su muerte... Pues bien! tú tendrás que desaparecer de mis estados, tú emprenderás el camino del destierro, esa es la única gracia que puedo hacerte.

—Silencio señor; un prodigio!... replicó Abd-el-Motrí sin contestar á esta impetuosa imprecacion de don Pedro: el corazon de Aïssa palpita comprimido por mi mano, vive, vive!

—Vive! estás seguro de ello? exclamó el Rey.

—Siento los latidos de su corazon.

—Quizá no haya sido mortal la herida... que venga un médico!...

—Ninguno entre los cristianos, dijo Mothríl con autoridad sombría, pondrá sus manos en una ilustre doncella de mi nacion; Aïssa no se salvará tal vez, pero si se sal-

va, ha de ser precisamente por mi sola mano.

—Sálvala ! Mothril ; sálvala !... para que hable...

Mothril dirigió al Rey una profunda mirada.

—Para que hable ? repitió , hablará , señor , hablará !...

—Pues bien ! Mothril , entonces veremos.

—Sí , señor , veremos si yo soy un calumniador , y si Aïssa ha sido deshonrada.

Don Pedro , que estaba de rodillas delante de los dos cadáveres , miró entonces el siniestro semblante de doña Maria contraído por una muerte horrible , y luego el rostro dulce y tranquilo de Aïssa , que parecia haberse quedado dormida en medio de un éxtasis.

—En realidad , dijo para sí , doña Maria era muy celosa , y nunca me olvidaré de que en otro tiempo no quiso defender á Blanca de

Borbon , á quien he mandado asesinar por causa de ella.

Y se levantó , no queriendo contemplar por mas tiempo el rostro de la jóven.

—Sálvala , Mothríl ! le dijo al moro.

—No tengais cuidado , señor ; yo quiero que viva , y vivirá.

Retiróse don Pedro abrumado por una especie de terror supersticioso , y le pareció que el espectro de doña Maria se levantaba del suelo y le seguia hácia la galería.

—Si la jóven pudiese hablar , dijo , mandádmelo á decir ; pues quiero interpelarla.

Tales fueron sus palabras. En seguida se volvió á su cuarto , sin sentimiento, sin amor, sin esperanza.

Mothril mandó cerrar las puertas ; hizo que Hafiz le trajese diferente bálsamos que aplicó á la herida de Aïssa ; herida que su puñal tan hábil habia hecho con la

destreza de un escalpelo de cirujano.

Aïssa volvió en sí tan pronto como Mothril le hizo respirar algunos aromas fuertes. Estaba muy debilitada, pero al recobrar con las fuerzas su memoria, el primer uso que hizo de la vida, fue dar un grito horroroso.

Acababa de ver tendido á sus pies el inanimado cuerpo de doña Maria Padilla, cuyos ensangrentados ojos revelaban el ódio y la desesperacion.

FIN DEL TOMO SESTO.

INDICE

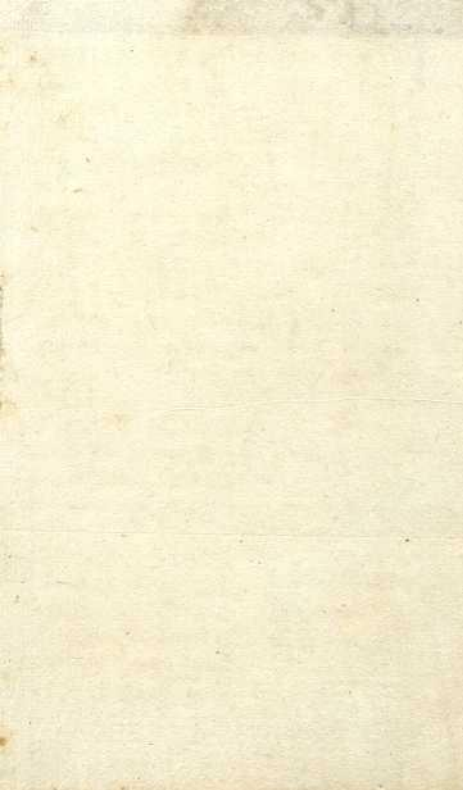
DEL TOMO SESTO.

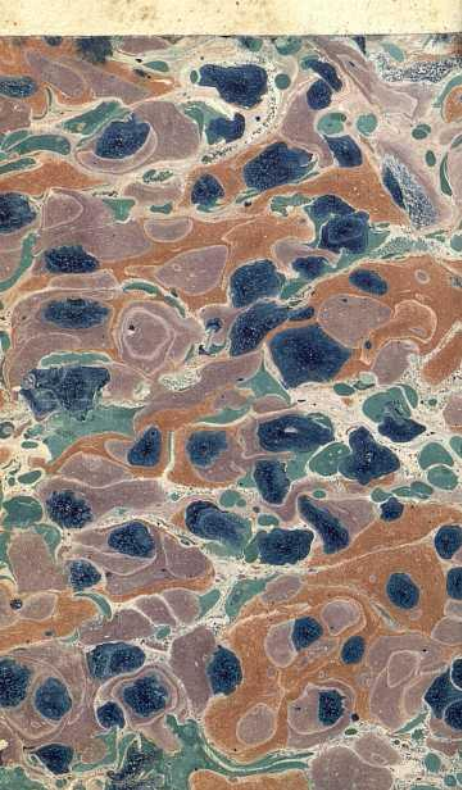
Tratado de alianza.	5
Los treguas.	29
Viaje.	45
Mad. Tiphaine Raguenei.	54
El mensajero.	64
Los dos mensajes.	75
La vuelta.	87
Rianzares.	95
Gil Perez.	109
De la mision que tenia Hafiz, y de como la habia llenado.	120
De como el moro Hafiz es- travió á sus compañeros de viaje.	140
El patio del Palacio.	154
Esplicacion.	171
La sortija de doña Maria y el puñal de Aïssa.	191

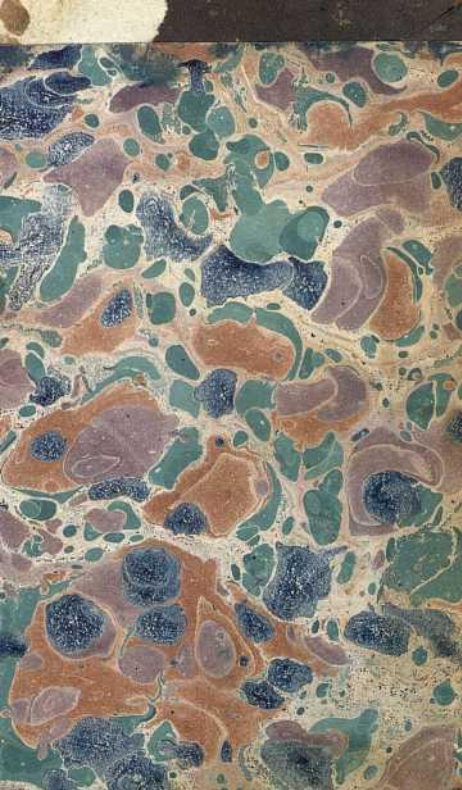
INDICE

AL TOMO SESTO

Tratado de la Medicina	1
Los tumores	2
De la lepra	3
De la sífilis	4
De la escrófula	5
De la tuberculosis	6
De la anemia	7
De la leucemia	8
De la linfoma	9
De la mieloma	10
De la sarcoma	11
De la carcinoma	12
De la melanoma	13
De la glioma	14
De la meningioma	15
De la neurofibroma	16
De la schwannoma	17
De la lipoma	18
De la fibroma	19
De la condroma	20
De la osteoma	21
De la condrosarcoma	22
De la osteosarcoma	23
De la fibrosarcoma	24
De la liposarcoma	25
De la leiomioma	26
De la leiomioma	27
De la leiomioma	28
De la leiomioma	29
De la leiomioma	30
De la leiomioma	31
De la leiomioma	32
De la leiomioma	33
De la leiomioma	34
De la leiomioma	35
De la leiomioma	36
De la leiomioma	37
De la leiomioma	38
De la leiomioma	39
De la leiomioma	40
De la leiomioma	41
De la leiomioma	42
De la leiomioma	43
De la leiomioma	44
De la leiomioma	45
De la leiomioma	46
De la leiomioma	47
De la leiomioma	48
De la leiomioma	49
De la leiomioma	50
De la leiomioma	51
De la leiomioma	52
De la leiomioma	53
De la leiomioma	54
De la leiomioma	55
De la leiomioma	56
De la leiomioma	57
De la leiomioma	58
De la leiomioma	59
De la leiomioma	60
De la leiomioma	61
De la leiomioma	62
De la leiomioma	63
De la leiomioma	64
De la leiomioma	65
De la leiomioma	66
De la leiomioma	67
De la leiomioma	68
De la leiomioma	69
De la leiomioma	70
De la leiomioma	71
De la leiomioma	72
De la leiomioma	73
De la leiomioma	74
De la leiomioma	75
De la leiomioma	76
De la leiomioma	77
De la leiomioma	78
De la leiomioma	79
De la leiomioma	80
De la leiomioma	81
De la leiomioma	82
De la leiomioma	83
De la leiomioma	84
De la leiomioma	85
De la leiomioma	86
De la leiomioma	87
De la leiomioma	88
De la leiomioma	89
De la leiomioma	90
De la leiomioma	91
De la leiomioma	92
De la leiomioma	93
De la leiomioma	94
De la leiomioma	95
De la leiomioma	96
De la leiomioma	97
De la leiomioma	98
De la leiomioma	99
De la leiomioma	100









832926
BASTARDO

DE

MAULEON

5.6.

FAN

XIX

161c

27

EL BASTARDO
de
MAULEON.



VI.

CONFIDENTIAL

